



**EL DISCURSO DE LA *NUEVA IZQUIERDA* EN COLOMBIA
EN LOS EDITORIALES DE LA REVISTA
CULTURA & TRABAJO
(1984-2010)**

RAÚL HUMBERTO PARÍS ÁNGEL
Trabajo de Grado para optar por el título de
Politólogo

Asesor:
IVÁN SYLVA

Universidad de Antioquia
Facultad de Derecho y Ciencias Políticas
Pregrado en Ciencia Política
Medellín
Marzo de 2014

*A José Manuel, mi hijo, quien hoy vive ese doloroso proceso hacia la
madurez.*

*A Clara Márquez, esa sombra amable y silenciosa que me acompaña
desde hace tantos años.*

Quiero agradecer en especial a la profesora Paola Posada y al profesor Iván Sylva por su indoblegable voluntad de colaboración.

A Nelcy Yoly Valencia, por hacerme creer que sería capaz de formular este par de ideas.

A muchas personas que han pasado por la Escuela Nacional Sindical, de tan disímiles ideas: compañeros de trabajo, socios y amigos.

—Dime una cosa, compadre: ¿por qué estás peleando?
—Por qué ha de ser, compadre —contestó el coronel Gerineldo Márquez—: por el gran partido liberal.
—Dichoso tú que lo sabes contestó él—. Yo, por mi parte, apenas ahora me doy cuenta que estoy peleando por orgullo.
—Eso es malo —dijo el coronel Gerineldo Márquez.
Al coronel Aureliano Buendía le divirtió su alarma.
«Naturalmente», dijo. «Pero en todo caso, es mejor eso, que no saber por qué se pelea». Lo miró a los ojos, y agregó sonriendo:
—O que pelear como tú por algo que no significa nada para nadie.

(Gabriel García Márquez, 2007, *Cien años de Soledad*, p. 161, o 1969, p. 121).

Contenido

1. Introducción	1
2. Metodología	3
2.1 Marco referencial	5
2.2 Antecedentes	7
3. El discurso de la <i>Nueva Izquierda</i>	20
3.1 Líneas generales de los editoriales	20
3.2 Los términos.....	21
3.2.1 “Izquierda”	21
3.2.2 La distinción de “clases”	25
3.2.3 El término “democracia”	30
3.2.4 La “unidad”	36
3.2.5 “Participación política”	39
4. A modo de conclusiones	46
Bibliografía	53
Fuente primaria	53
Fuentes secundarias.....	54
Apéndice: abreviaturas usadas	57

1. Introducción

En abril de 1978, Jorge Orlando Melo, después de observar los resultados electorales de entonces en Colombia, afirmaba que la izquierda no ofrecía ninguna alternativa a los grupos sociales que se identificaban con ella. Las causas, según su criterio, se relacionaban con tres elementos: la izquierda valoraba desproporcionadamente los centros de poder en la URSS, China y París, al punto que sus programas eran más coherentes con los problemas de esos centros de poder que con los colombianos; esos programas oscilaban entre reivindicaciones inmediatas, de corto plazo, y las que solo serían posibles en un régimen socialista; y, esa izquierda se contradijo cuando invitó a votar al electorado, mientras predicó en sus campañas que votar no servía para nada (Melo, abril 1978).

En abril de 2012, el mismo autor aseveraba que los partidos de izquierda son débiles porque se dividen entre quienes ven con simpatía a la guerrilla y los que piensan que la violencia solo le sirve a la derecha; que mientras algunos sindicatos cargan con el sambenito del apoyo a los grupos armados de izquierda, aquellos que promueven una línea democrática son acusados de entreguistas; y que el Polo, en su último ensayo de unión de la izquierda, no pudo definir con claridad su posición frente a la guerrilla (Melo, abril 2012).

Entre esos dos textos se desarrollaron más de cuatro décadas de debates en la izquierda colombiana, un sector del espectro político colombiano que ha pretendido realizar cambios profundos en la sociedad y apenas ha logrado atraer un número significativo de votantes en algunas regiones, pues aún no se muestra suficientemente atractiva para el resto.

En este informe de investigación se aborda la lectura de los editoriales de la revista *Cultura & Trabajo* (en adelante: *C&T*), una publicación de la Escuela Nacional Sindical (ENS) creada en 1984 (que a 2014 llega a 90 números), con el propósito de develar el ideario político de la *Nueva Izquierda* en Colombia.

Según se lee en uno de los editoriales de la publicación, la ENS es una organización no gubernamental fundada en 1982 que, radicada en Medellín, Colombia: “quiere aportarle a la construcción de la democracia en el país, desde un lugar muy específico, el mundo del trabajo y el del sindicalismo y con una opción muy clara, al servicio de los y las trabajadores y sus organizaciones” (*C&T* N° 72-73, sep. 2007).

También puede leerse en el primer editorial de la *Revista de la Escuela* (nombre que conservó hasta la edición N° 41, oct. 1996), su pretensión de ocupar un espacio abandonado por otros, por razones que van desde el “orden financiero hasta las originadas en la división de las filas obreras y en las organizaciones de la izquierda colombiana” (*C&T* N° 1, dic. 1984).

Con estos dos elementos se asocia lo que en este informe de investigación se denominó *Nueva Izquierda*: una corriente ideológica cuyo discurso se distancia de aquella que se orientara bajo los preceptos de los partidos políticos, y de la que defendiera “la combinación de todas las formas de lucha”. Las metas de la *Nueva Izquierda*, además, guían su ejercicio político dentro de las reglas del sistema republicano colombiano.

El término *Nueva Izquierda* se tomó de un estudio de Rodríguez y Barret (2005), en el que se afirma que el rumbo de esa izquierda se hizo más claro en la década de los noventa. Los prologuistas de *La nueva izquierda en América Latina, sus orígenes y trayectoria futura*, advierten que la adjetivación “nueva” no indica una valoración en tanto, con el término, solo se indica lo reciente del fenómeno. Sin embargo, advierte que esta *Nueva Izquierda*, avanzó en capacidad de movilización social; sus partidos conquistan más votos; y las administraciones (locales y nacionales), en cabeza de sus miembros, tienen mayor capacidad de gobernar (Rodríguez y Barret, 2005, p. 22).

Aunque en el país existen otras publicaciones periódicas de organizaciones afines a la izquierda, como *Caja de Herramientas*, de la Corporación Viva la Ciudadanía, o el periódico *Voz*, del Partido Comunista, esta investigación se centró en *C&T*: primero, porque se difunde desde Medellín, lo que la diferencia de otras publicaciones semejantes editadas en Bogotá y, segundo, por su continuidad, ya que ha sido editada ininterrumpidamente durante más de tres décadas.

El objeto de este trabajo son los discursos de los editoriales de *C&T*, ya que:

Constituye[n] una pieza clave, no sólo de la sección de opinión del periódico, en la que sin lugar a dudas ocupa un lugar preferente, sino de todo el medio, debido fundamentalmente a que a través de las ideas expresadas en él se evidencia la posición adoptada por la empresa con respecto a las noticias que publica.
(Hernando, 2001, p. 280)

Entendido en esos términos, en los ochenta editoriales fuente están los elementos requeridos para identificar los rasgos discursivos que caracterizan esa publicación.

2. Metodología

El objetivo de este trabajo fue el de explorar la representación del ideario social y político expresado en los editoriales de la revista *C&T*, en los números publicados entre 1984 y 2010, observados desde una perspectiva en la que las ideas y valores estuvieran asociados con el concepto *Nueva Izquierda*.

El punto de partida para el ejercicio fue que esos escritos expusieron una manera de representar la realidad social –verificada o imaginada– en la que se produjeron. De esa forma, se asume que, quien produce discurso, está sujeto a una compleja red de relaciones, tanto de poder como de solidaridad, así como de dominación o de resistencia, cuyas expresiones discursivas son parte integrante de los debates entre igualdad y desigualdad, entre diferencia e identidad. Para Calsamiglia y Tusón (2001) “el discurso –los discursos– nos convierten en seres sociales y nos caracterizan como tales” (p. 17).

Específicamente, se observaron los enunciados de los editoriales como unidades básicas para el análisis del discurso; como el producto concreto y tangible del proceso de enunciación que realiza un enunciador y se dirige a un enunciatario (Calsamiglia y Tusón, 2001, p. 18). Los enunciados son, de esa forma, términos abstractos, en tanto no requieren necesariamente la forma de una oración, ya que su significado completo lo determina el contexto en el que se inscriben. Es decir, una expresión que no tenga la forma básica de la oración tiene significado siempre y cuando sea leída dentro del contexto en el que se expone, como la frase anterior o la posterior.

El análisis del discurso es una práctica académica a la que han recurrido varias disciplinas. En especial, los estudios sociales se vieron obligados a prestarle atención a los discursos, en cuanto son uno de los materiales empíricos más sensibles en las investigaciones. Quizá la antropología hizo una primera aproximación en ese sentido, al percatarse de que las redes de interacción en las comunidades eran, en realidad, redes de comunicación (Van Dijk, 2004, p. 4).

Con esos elementos metodológicos, y antes de abordar la exploración de los editoriales, se establecieron unas diferencias discursivas que permitieron su agrupación en tres periodos, dado que entre ellos se exponen enfoques diferentes para abordar los temas. Así pues, un primer grupo de editoriales (revistas N^{os} 1-20, 1984-1990), está compuesto por discursos con análisis amplios que abordan varias miradas sobre la situación tratada. Esta composición da como resultado que, medidos en palabras, los textos del primer periodo superan al segundo en más de dos veces y, al

tercero, en casi una tercera parte. El abordaje principal de sus temas está dirigido a la “apertura democrática” en Colombia.

Los textos del segundo grupo (revistas N^{os} 21-54, 1990-2001) son más breves. El promedio de palabras de cada editorial es casi la cuarta parte de los del primer periodo, y acometen temas relacionados con la apertura económica de los mercados y las reformas a la legislación laboral.

En el tercer grupo (revistas N^{os} 55-80, 2001-2010) la cantidad de palabras por editorial es, en promedio, mayor a la del segundo, pero menor que la del primero. Sus temas, en general, incursionan en la agenda laboral global.

Con base en esa periodización se identificaron las nociones que proveyeron indicios sobre el discurso de la izquierda en los editoriales. Así, términos como “movimientos sociales”, “izquierda”, “partidos tradicionales”, “clases sociales”, “estrategias de organización”, “reformismo”, “democracia”, “neoliberalismo”, “unidad”, “participación política” e “igualdad”, entre otros, se rastrearon y se leyeron en contexto. Finalmente, se optó por efectuar el análisis de los textos a partir de los conceptos: *Izquierda*, *Clases*, *Democracia*, *Unidad* y *Participación política*. A continuación se presentan las razones de esa elección.

El término *Izquierda* remite a grupos políticos de distintas orientaciones ideológicas, congregados en la coincidencia de su búsqueda de un cambio en las disposiciones del sistema capitalista y la igualdad en las condiciones materiales de la población.

El vocablo *Clases*, acompañado de diferentes adjetivos, expresa las divisiones sociales que caracterizan a la sociedad y las ubica en las posiciones “alta” y “baja”. Esto provee la idea de que las comunidades son agrupaciones antagónicas que se constituyen como resultado de una forma histórica de producción.

La palabra *Democracia* asoma con varios significados y se constituye en el núcleo de los discursos editoriales, en tanto se presenta, por un lado, como el modelo de un régimen que se resiste a la participación de actores sociales diferentes a los que se han constituido como representantes tradicionales de los ciudadanos y, por otro, como la posibilidad de que esos actores diferentes puedan hacer parte de decisiones sobre políticas públicas en el país.

La locución *Unidad*, es un concepto que se hace común en las agrupaciones políticas y en los movimientos sociales, y se presenta como un proceso permanente, constituido por fases de crecimiento numérico, con lo cual se busca la legitimación social de los actores políticos que constituyen dichos grupos.

Por su parte, el concepto *Participación política* se desarrolló en los editoriales exponiendo las metas logradas por los grupos políticos que se afianzaron en la sociedad, y en los cuales el vocablo *democracia* cobra el sentido que caracteriza sus propuestas.

Esos conceptos se fueron adecuando a los contextos políticos y sociales que se configuraron con el paso del tiempo, y dieron cuenta de algunas características de la ideología que en este trabajo se ha enmarcado bajo la expresión *Nueva Izquierda*.

2.1 Marco referencial

El marco que sirvió de referencia para el examen de los editoriales de la revista *C&T* está situado en la idea de que una *Nueva Izquierda* se ha venido consolidando en Colombia y Latinoamérica desde la década de los ochenta. Para Rodríguez y Barret (2005), esa *Nueva Izquierda* regional comienza a hacerse más visible a partir de los años noventa del siglo veinte, y marca un contraste con la *Vieja Izquierda*, que se consolidó con la revolución cubana (1959) y se debilitó con el fracaso sandinista en las elecciones de 1990. En ese año los autores dataron el comienzo del declive de las opciones de revolución armada, de las propuestas socialistas y de la conquista del poder a través de los partidos comunistas.

Rodríguez y Barret (2005) toman cuatro elementos de contexto (propuestos por Atilio Borón) para explicar la gestación de la *Nueva Izquierda*: *i*) en los años noventa comienzan a sentirse los estragos de la apertura de las economías de la región a los flujos de bienes, servicios y capital extranjeros, que conllevaron una marcada expresión de descontento social; *ii*) en la misma década aparecieron nuevos actores políticos que compensaron la pérdida de protagonismo del sindicalismo, entre ellos: nuevas expresiones étnicas, raciales y feministas; *iii*) el descrédito de los partidos políticos tradicionales fue aprovechado por las nuevas formaciones de izquierda, ya que el protagonismo tradicional de aquellos se vio socavado por las prácticas de corrupción; y, *iv*) a partir de las protestas internacionales, como las de Seattle en 1999, esas agrupaciones se fortalecieron; su expresión más visible es el Foro Social Mundial (Rodríguez y Barret, 2005, pp. 27-30).

Los autores, además, hacen una caracterización de la *Nueva Izquierda* con base en las estrategias que implementan las organizaciones con esa opción política, las agendas que se trazan, los actores que las integran y las propuestas políticas que exponen. Así, la pluralidad de estrategias y la articulación de formas descentralizadas de organizarse se concretan en agrupaciones tales como: los frentes amplios y las coordinadoras, y se

reúnen en torno a encuentros y congresos, entre otros. Las agendas, tanto sociales como políticas, involucran acciones de movilización popular, fundadas en las reivindicaciones clásicas de igualdad social, tanto como en las demandas de respeto a la diferencia. Actores como la sociedad civil, se presentan en el escenario político con acciones de rechazo a las dictaduras militares, de un lado, y a las ideas de estatización comunista, del otro. En las propuestas políticas, por último, el reformismo y la profundización de la democracia se exponen como las más relevantes. Este último punto merece una explicación: frente al dilema de la izquierda entre reformismo y revolución, el primero es el que sale adelante como opción, y se sintetiza en propuestas de reforma que mezclan las opciones de mercado con algunas formas de intervención económica estatal, como la redistribución del ingreso y la planeación democrática; en cuanto a la profundización de la democracia, de un lado se expresa como la búsqueda de acciones sociales alternativas a las prácticas neoliberales que, sin apartarse de la ortodoxia económica, pretenden crear condiciones de igualdad para la población y, de otro lado, se propende por la democracia radical, en la que los movimientos sociales se articulan como componentes de legitimación de gobiernos y partidos de la izquierda (Rodríguez y Barret, 2005, pp. 31-36).

Según Rodríguez y Barret (2005), los protagonistas de la *Nueva Izquierda* son aquellos que muestran resultados en sus acciones: los movimientos sociales, los partidos políticos y los gobiernos. Los rasgos de los movimientos sociales están asociados a la resistencia que ofrecen a las estructuras políticas que implementaron las políticas macroeconómicas con que se vieron afectadas grandes capas de la población desde la década de los noventa, mientras les entregaban privilegios a los actores económicos. Esa resistencia expresa el cambio de reivindicaciones sociales, que pasaron de reclamar privilegios particulares a demandar políticas públicas más universales, basadas en la ciudadanía y la defensa de derechos. Las protestas ampliaron también su horizonte, pues pasaron de atacar las privatizaciones a señalar la responsabilidad de los partidos tradicionales en dichos eventos. Hubo también una diversificación mayor de la base social de dichos partidos y organizaciones sociales, que incluyó un espectro más amplio en su composición: feministas, grupos étnicos, ambientalistas, grupos de diversidad sexual, entre otros (Rodríguez y Barret, 2005: 54-54).

En cuanto a los rasgos de la *Nueva Izquierda*, tanto en los partidos políticos como en los gobiernos, los autores expresan que estos tienen formulaciones comunes frente a las alternativas al neoliberalismo y al mantenimiento o profundización de la democracia. Igualmente, unos y otros están obligados a realizar programas atractivos para los votantes de los espectros políticos de izquierda y de centro, y están sujetos a

la idea de que las clases medias utilizarán su voto como forma de protesta contra los partidos y gobiernos tradicionales. Sin embargo, tanto gobiernos como partidos de izquierda están constreñidos a la aplicación de políticas monetarias que imponen los organismos internacionales, que los hacen gravitar hacia la ortodoxia económica. Por último, la estrategia común de esa *Nueva Izquierda* que se expresa en partidos y gobiernos, es la de ganar elecciones locales y luego intentar la conquista del poder nacional (Rodríguez y Barret, 2005, pp. 39-41).

2.2 Antecedentes

El estudio empírico sobre la izquierda en el país, según las referencias encontradas, da cuenta de una exploración escasa en cuanto a las particularidades de grupos, prácticas, plataformas y orientaciones ideológicas. Al parecer, los estudios sobre la izquierda se han concentrado en los partidos políticos (como el Partido Comunista de Colombia, PCC) y en sus vaivenes en la política nacional.

Dos trabajos llamaron la atención por su visión sobre ideología y prácticas de la izquierda colombiana; un tercero porque, aunque está dirigido a los asuntos de violencia contra el sindicalismo, deja entrever algunos de los lineamientos ideológicos centrales de la izquierda en Colombia y, por último, un texto de Rodríguez (2005), porque describe las características de la *Nueva Izquierda* colombiana en el quinquenio 2001-2005 y establece las particularidades ideológicas de las coaliciones de la izquierda en ese periodo.

La investigación realizada por Socorro López (2001), bajo el título: *Ideología y prácticas cotidianas de la izquierda en Medellín durante el Frente Nacional, 1958-1974*, es un estudio basado en encuestas a militantes de los partidos políticos y movimientos sociales, sindicalistas y estudiantes de izquierda, en el que se describen las acciones llevadas a cabo por dichos militantes, y con las cuales se pudieron establecer las diferencias ideológicas de las diferentes corrientes políticas.

El segundo capítulo titulado: “Devenir histórico de los movimientos y partidos de izquierda en Medellín”, López describe las características de los partidos y movimientos políticos de izquierda formados durante el Frente Nacional y expone las diferencias en sus orígenes e idearios, los cuales se reseñan a continuación.

En primer término, López menciona al Movimiento Obrero Estudiantil Campesino –7 de Enero– (MOEC), la Acción Revolucionaria (ARCO), el Frente Unido de Acción Revolucionaria (FUAR) y el Frente Unido. Según el estudio, a mediados de la década de los sesenta, la conformación de esos grupos y la escena de la izquierda se

movieron alrededor de nombres como el Partido Comunista de Colombia (PCC), el Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario (MOIR), el Partido Comunista Marxista-Leninista (PCC-ML) y los Socialistas. Estos últimos son considerados por la autora como agrupaciones diferentes, con algunas características que los articulan, como se verá más adelante.

El PCC nació en los años treinta del siglo XX. Según el ideario expuesto por la autora, Colombia tiene una estructura socioeconómica “precapitalista y neocolonial” que se mueve bajo los parámetros del imperialismo norteamericano. La sociedad se divide en dos grupos sociales: burguesía y proletariado. Los integrantes del primero son quienes conducen el Estado y crean las condiciones en las que ha de moverse el segundo.

Para el PCC, la revolución puede darse por vías pacíficas, pero si las condiciones lo ameritan ha de utilizarse la lucha armada. La “clase obrera” o “proletariado” debe organizarse y politizarse como preparación para la toma del poder. El partido lleva la dirección revolucionaria y podrá hacer alianzas con sectores sociales que tengan contradicciones con el imperialismo y la oligarquía. Las elecciones, por tanto, hacen parte de “todas las formas de lucha” (López, 2001, pp. 94-98).

El MOIR se formó en 1969 acogiendo ex integrantes del MOEC. Sobre su composición, López presenta una cita de Osorio (1978), según la cual no se podría decir si era una central obrera o un partido político, pero se consideraba “la vanguardia” de la izquierda. En su concepción, el país es “semifeudal”, término asociado con la utilización de medios rudimentarios para la producción de bienes y servicios, y, según la autora, el MOIR trató de calcar para Colombia las condiciones socioeconómicas de la China prerrevolucionaria, en la cual, citando a Valverde (s.f.): «los terratenientes mantienen al campesinado en una situación de dependencia económica [y] lo explotan con las más variadas formas de servilismo». Para el MOIR las contradicciones sociales nacen de la lucha de las superpotencias, lo que supone que “las contradicciones de clase no son antagónicas”. Su lucha, entonces, está planteada en términos democráticos y su objetivo es la eliminación de la explotación terrateniente, con la cual se transformaría la sociedad. Quien dirige la revolución es el proletariado o la clase obrera. Otro elemento distintivo del MOIR es su proclama por la “revolución cultural”, entendida como una preparación de “las condiciones subjetivas, que según ellos, «permitirían la organización de las masas y que se materializarán a la larga en un gigantesco ejército revolucionario»” (López, 2001, pp. 98-102).

El PCC-ML, según López (2005), fue el resultado de una confrontación ideológica en 1964, porque sus integrantes no estuvieron de acuerdo con el reformismo, el pacifismo y las alianzas con la burguesía que defendía el PCC. Los integrantes del PCC-ML pretendieron entonces construir el “partido del proletariado”. La concepción de país para el PCC-ML es la de una estructura neocolonial, dependiente y atrasada; no existe “burguesía nacional progresista”; sus relaciones de poder son capitalistas pero con restos feudales, y depende del imperialismo norteamericano. Su forma de lucha es la “armada, clandestina e ilegal”, que llevaría a la “dictadura del proletariado”. Su accionar se trasladó al campo y el trabajo urbano pasó a un segundo plano, convirtiéndose en auxiliar de aquel. El PCC-ML consideró que la lucha electoral era hacerle el juego a la burguesía, es decir, “apoyar la tiranía”. Sus lineamientos también provenían de la Revolución Popular China impulsada por Mao Tse Tung, la cual estableció que los intelectuales deberían proletarizarse (López, 2001, pp. 103-108).

Por último, la autora clasificó un cuarto grupo: “los Socialistas”, que a principios de la década de los sesenta intentaron definir el carácter de la “revolución democrática socialista” o “revolución ininterrumpida”. Al parecer los socialistas tuvieron algunas ideas comunes entre ellos, con algunas diferencias que se expusieron a través de boletines y periódicos como *Revolución Socialista*, *El Proletario*, *El Socialista* y la revista *Estrategia*. Pero, contrario a lo que se puede pensar, dice la autora, las diferencias no eran motivo de confrontación, sino que constituyeron parte de su esencia. En la composición de los socialistas se encontraban dos bloques: uno basado en los postulados de la cuarta Internacional y, otro de “línea troskista” (López, 2001, 108-110).

La sociedad colombiana, para los socialistas, es “capitalista sin pleno desarrollo”. El capitalismo concebido por los socialistas consolidó el campo bajo los criterios de propiedad de la tierra, tanto a nivel de terratenientes, como de pequeñas parcelas, transformando al campesino en “proletario”, cuyo sustento estaría basado en un jornal. La explotación burguesa va de la mano con el domino del imperialismo norteamericano y, en el terreno del poder, hay una “dictadura civil” antidemocrática. Para los socialistas, la burguesía en Colombia no existe y la revolución se desarrolla de manera gradual.

Las principales reivindicaciones de los socialistas están asociadas, en general, con la clase obrera: alza de salarios, solidaridad sindical, nacionalización de las fábricas y la lucha por mejores condiciones de vivienda, salud, educación y servicios públicos. Sus pretensiones se dirigen a la “insurrección popular contra el sistema capitalista”. Hubo algunos socialistas que consideraron viable la “lucha de masas” y la “lucha armada”.

También los hubo que optaran por la “guerra prolongada”; otros más hicieron énfasis en las huelgas, manifestaciones y paros; otros vieron con buenos ojos la participación electoral, aunque como medio de agitación y denuncia, y, por último, quienes propusieron ganar terreno en las conquistas democráticas (López, 2001, 110-113). Al terminar el tema de los socialistas la autora afirma que, según una fuente oral, los socialistas no lograron consolidar sus cuadros políticos “y rápidamente se «despalomaron» hacia otras organizaciones” (López, 2001, p. 113).

El trabajo realizado por Óscar Andrés Moreno Montoya, es una monografía presentada en 2007 como trabajo de grado para optar al título de Historiador. El nombre que encabeza su estudio reza: “La oposición alternativa en Medellín, 1970-1990 (PCC, MOIR y UP)”.

En el primer capítulo de su trabajo, Moreno (2007) establece la diferencia entre “terceras fuerzas” y “oposición alternativa”, definiendo la primera como: “las divisiones o escisiones derivadas de los partidos tradicionales”, y la segunda como “oposición democrática” (Moreno, 2007, p. 9). El autor, en su texto, advierte que en algunos estudios la oposición, en términos conceptuales, se orienta en tres vías: una primera refiere la oposición entre los partidos políticos tradicionales, otra coloca la oposición en los grupos armados y, la tercera, en “la viabilidad dentro del sistema político por la vía democrática” (Moreno, 2007, p. 10).

En su estudio, Moreno (2007) caracteriza a los partidos políticos: PCC, MOIR y UP; que fueron los elegidos para su monografía.

El PCC, dice el autor, se fundó luego de que el Partido Socialista Revolucionario (PSR), en los años treinta del siglo veinte, adhiriera a los postulados de la Internacional Comunista, lo que hizo que se viera como apéndice del comunismo de la Unión Soviética (Moreno, 2007, p. 30).

Años después se conformó en el mundo un fuerte rechazo al ideario comunista soviético, que en Colombia se materializó cuando el Partido Liberal comenzó a alejarse de la defensa de los derechos laborales de los trabajadores y promovió la persecución al sindicalismo, la prohibición de las huelgas y declaró ilegal los congresos de la Confederación General del Trabajo (CGT) (entre 1937 y 1938). Ahora, a esa actitud de los liberales se unieron las acciones represivas de los gobiernos conservadores de Laureano Gómez y Rojas Pinilla, (entre 1950 y la instauración del Frente Nacional en 1958) que promovieron una política

anticomunista; de tal forma que, el PCC, se vio obligado a pasar a la clandestinidad, desde donde promovió la agitación campesina.

Desde entonces hubo disidencias en el PCC, de las que surgieron el Movimiento Obrero Estudiantil Colombiano (MOEC) y la Alianza Revolucionaria de Colombia (ARCO) y las FARC. Los más moderados de esas agrupaciones apoyaron las aspiraciones parlamentarias de los grupos disidentes de los partidos tradicionales, como el Movimiento Revolucionario Liberal (MRL) y la Alianza Nacional Popular (Anapo) (Moreno, 2007, pp. 29-31).

Para hablar del surgimiento del MOIR (fundado entre el 12 y el 14 de septiembre de 1969 en Medellín), el autor cita el caso del MOEC, movimiento que nació como resistencia al Frente Nacional, conformado por obreros y estudiantes. Esa organización inicialmente promulgó métodos y tácticas derivadas de la revolución cubana, que luego fueron motivo de una escisión: el MOIR; este último consideró que el camino más expedito para la revolución se concretaba en la educación y la organización obrera. Luego se darían otras divisiones del MOEC, de las cuales surgieron el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y el Ejército Popular de Liberación (EPL).

El MOIR se constituyó como expresión política con orientaciones de la línea maoísta china, aunque consideró que su accionar se guiaba hacia una revolución particular que no se suscribía a los parámetros de otro país.

Las acciones políticas de ese partido se concentraron en el sindicalismo, básicamente como lucha contra la Unión de Trabajadores de Colombia (UTC) y la Confederación de Trabajadores de Colombia (CTC), que fueron centrales sindicales controladas por los partidos Conservador y Liberal, respectivamente.

Para 1972, el MOIR, que se consideró abstencionista hasta entonces, optó por la participación electoral “como instancia de denuncia” (Moreno, 2007, pp. 31-34).

La UP nació luego de que se concretara una tregua entre el gobierno de Belisario Betancur (1982-1986) y las agrupaciones guerrilleras, y las FARC vieran la posibilidad de crear un brazo político. Inicialmente la UP estuvo conformada por comunistas, conservadores, liberales y ciudadanos sin partido (Moreno, 2007, pp. 34-35), y se convirtió en un movimiento con amplios rasgos pluralistas.

Otro de los elementos que interesa destacar de la monografía de Moreno (2007) es el relativo a “la unidad”. Este autor dice que, la unidad

no significa otra cosa que hablar del sistema de alianzas que estas organizaciones establecieron con otros sectores políticos. Ya fueran estos de su misma línea política, es decir, cercanos a las tendencias de la izquierda democrática defensores de la ideología comunista, o con sectores de la política tradicional que más proximidad tuvieran con las ideas de libertad e igualdad promulgadas. (Moreno, 2007, p. 70)

Con esos elementos (los partidos, su conformación jerárquica, el centralismo democrático y el criterio de unidad), Moreno (2007) se dio a la tarea de observar la concreción de organizaciones políticas de la oposición alternativa, que surgieron como experiencias de unidad para ocupar cargos en las corporaciones públicas, y que derivaron de esos partidos, asunto que se concretó en alianzas con sectores del bipartidismo, con disidencias de la Anapo y con otros sectores de oposición.

El primer intento concreto de unidad de la izquierda que reseña Moreno (2007) fue el del MOIR que, junto con otras agrupaciones, formalizó el Frente Popular-MOIR en 1972, del que surgieron los miembros que conformaron las listas para las elecciones de entonces.

También cita el caso del Movimiento Amplio Colombiano (MAC), creado en septiembre de 1972, que luego se adhirió a la Unión Nacional de Oposición (UNO), conformada en marzo de 1973, y de la que hicieron parte el MOIR, el MAC, el PCC y la Democracia Cristiana. Luego, en 1974, se hizo un trabajo al interior de la UNO para atraer a la Confederación de Trabajadores de Colombia (CTC), así como la conformación de comandos barriales (Moreno, 2007, p. 78-81).

Aunque en 1985 la UNO entró en crisis por desavenencias con el PCC, sobrevivió hasta noviembre de 1989, cuando adhirió al Frente Democrático (FD). Anteriormente, durante la década de los setenta, hubo algunos matices en la UNO que formaron otros frentes, debido a discrepancias internas. Moreno reseña los casos de la “UNO (del PCC); el Frente por la Unidad del Pueblo (FUP), surgido de la alianza MOIR-Anapo; UNO-Anapo-Movimiento Independiente Liberal (MIL); Firmes, el Frente Democrático (FD); y la UP” (Moreno, 2007, p. 82).

Moreno destaca algunas diferencias entre el PCC y el MOIR, que se expresan en los ejes programáticos de ambos. Para el primero, su lucha consistió en “peticiones de libertad formal”, mientras el segundo realizaría un programa “democrático-revolucionario de liberación nacional” (Moreno, 2007, p. 89). Esas diferencias, como germen de las divisiones al interior del FD, serían obstáculos posteriores para la unidad de la izquierda. El MOIR optó por aliarse con algunos miembros de los

partidos tradicionales, y los que quedaron del FD, promovieron la fundación de la UP.

La UP, por su parte –dice el autor–, se propuso como un “proyecto de unidad con pretensiones amplias”, partiendo del hecho de que no sería apéndice de ningún partido. La UP surgió con la idea de ser un partido que luchaba por la apertura democrática en el libre ejercicio de la oposición (Moreno, 2007, p. 91-92).

Moreno también reseña las alianzas de la UP en 1985, de la siguiente forma:

En relación con las alianzas que se dieron entre la UP y otras fracciones políticas cabe mencionarse los nombres de Álvaro Uribe Vélez y Álvaro Uribe Rueda por el liberalismo; Fabio Valencia Cossio y Jota Emilio Valderrama, por el conservatismo de vertiente progresista y Gabriel Jaime Santamaría, del Frente Democrático; representantes del M-19, del Ejército Popular de Liberación Nacional y un miembro del estado mayor de las FARC. (Moreno, 2007, p. 93)

El informe de León Valencia y Juan Carlos Celis, presentado en forma de libro y titulado: *El sindicalismo asesinado: reveladora investigación sobre la violencia contra los sindicalistas colombianos*, fue publicado en noviembre de 2012 por la editorial Debate. La investigación buscó “examinar los hechos, cruzar variables y proponer explicaciones”. Las variables que menciona son: “los actores armados, los grupos políticos y las fuerzas empresariales y sindicales, todos insertos en la dinámica del control territorial” (Valencia y Celis, 2012, p. 14).

En esa investigación se esbozan algunos criterios sobre el contexto en el que se desató la violencia contra los sindicalistas del país, los cuales se desarrollaron en el tiempo de acuerdo con las circunstancias políticas de cada momento histórico.

El estudio de Valencia y Celis comienza en 1984 y termina en 2009. Los autores definen cuatro periodos de análisis: el primero inicia en 1984 con el comienzo del proceso de Diálogo Nacional y finaliza en 1990, con la convocatoria a la Asamblea Nacional Constituyente. El segundo, comienza en 1991 con la *Constitución Política* y termina en 1997, con la creación de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). El tercero, parte en 1998 con el proceso de expansión de la organización paramilitar y concluye en 2003, cuando esta se desmoviliza en el primer gobierno de Álvaro Uribe Vélez. Y, por último, entre 2004 y 2009, cuando el país se hallaba en medio de la negociación con los grupos paramilitares.

En el trabajo de Valencia y Celis (2012), el primer periodo se considera de “apertura democrática”, debido a los diálogos entre las guerrillas y el gobierno de Belisario Betancur, y se explica que, por entonces, los sindicatos más afectados por la violencia fueron:

Los más activos en la lucha política, es decir, aquellos que ligaron las reivindicaciones laborales con las aspiraciones democráticas y emprendieron por igual protestas sociales y acciones políticas, a través de las cuales ejercieron un inusitado protagonismo en algunas regiones del país. (Valencia y Celis, 2012, p. 15)

A renglón seguido los autores afirman que:

Los sindicatos, las guerrillas y los partidos políticos afines a ellas confluyeron en consignas como la «apertura democrática», la «necesidad de una Asamblea Nacional Constituyente», la «nacionalización del petróleo» y la «articulación de los maestros a la lucha por una educación liberadora encarnada en un gran Movimiento Pedagógico». (Valencia y Celis, 2012, p. 15)

Es decir, en el escenario político del primer periodo, hubo una vinculación, a nivel de consignas, entre los sindicatos y los grupos guerrilleros. Valencia y Celis (2007) realizaron su trabajo enmarcándolo en el conflicto armado, por lo tanto en este se puede apreciar que existe una izquierda que validaba la “combinación de todas las formas de lucha”, aunque por entonces muchos grupos de izquierda se vieron motivados a abandonar esa bandera. Los autores señalan que:

La confluencia entre guerrillas y sindicatos en las protestas laborales y las luchas por la democratización tuvo un punto de quiebre en 1991, con la celebración de la Asamblea Nacional Constituyente y la expedición de la nueva Constitución colombiana. (Valencia y Celis, 2007, p. 17)

En adelante, los sindicalistas comprendieron que la disputa “estaba en el campo de la democracia” (Valencia y Celis, 2007, p. 18).

Desde el punto de vista de los autores, en el primer periodo de análisis la apertura democrática consistió en la inserción de algunos integrantes de grupos guerrilleros en la actividad política legal del país. Por ejemplo, la UP tuvo, como soporte principal de su ideario, al PCC, aunque recogió expresiones de los partidos tradicionales y otros sectores de la izquierda; el Movimiento 19 de Abril (M-19), por su parte, creó los “campamentos de paz” en los barrios populares para adelantar proselitismo; el EPL, a su vez, constituyó el Frente Popular para ampliar el radio de acción del PCC-

ML, y el ELN (el cual no firmó el acuerdo) impulsó la organización A Luchar, que tuvo orientaciones maoísta, guevarista y trotskista (Valencia y Celis, 2012, p. 43).

La participación en la primera elección de alcaldes en 1988 tuvo presencia, en algunas regiones, de partidos como la UP y el Frente Popular, así como del PCC-ML, el cual tuvo una larga historia de abstencionismo beligerante (Valencia y Celis, 2012, p. 44).

El primer periodo que estudian los autores es considerado como el del nacimiento de movimientos cívicos, tales como la Asociación de Mujeres Campesinas e Indígenas, la Asociación Nacional de Usuarios del DRI¹, el Consejo Nacional de Vivienda Popular y la Central Unitaria de Trabajadores de Colombia (CUT) (Valencia y Celis, 2012, p. 45).

La investigación de Valencia y Celis muestra referencias sobre la forma como los dirigentes sindicales hicieron suyas algunas consignas de los grupos armados. Esas referencias apuntan a señalar cómo miembros de los grupos políticos de izquierda ingresaron en las juntas directivas de los sindicatos, de tal forma que, tanto sindicalistas como políticos hicieron parte de huelgas, paros, manifestaciones y elecciones locales, además de la Asamblea Nacional Constituyente (Valencia y Celis, 2012, p. 46).

También señalan algunos logros, como el del magisterio con la implementación del Estatuto Docente, el cual, al principio, fue considerado por algunos sectores de izquierda como un proceso “reformista” que distanciaba a los maestros de su “lucha revolucionaria” (Valencia y Celis, 2012, p. 47); los sindicatos bananeros que, aparte del logro en reivindicaciones salariales, ganó para la izquierda algunas alcaldías en Urabá (Valencia y Celis, 2012, p. 48), y el logro de la Unión Sindical Obrera (USO), involucrada en la lucha por la nacionalización del petróleo y la revisión de los contratos con las petroleras multinacionales (Valencia y Celis, 2012, p. 48).

Un punto que se resalta en ese trabajo, es el paro del 27 de octubre de 1988. Afirman los autores que:

La tesis de la combinación de todas las formas de lucha comenzó a ser vista como una amenaza para la legitimidad de la movilización social y sindical y la

¹ Esta sigla hace alusión al Fondo de Desarrollo Rural creado por primera vez en 1976 (Fase I, 1976-1982) como una estrategia piloto (en Cáqueza-Cundinamarca) del gobierno del entonces presidente Julio César Turbay Ayala, con el cual se pretendió: “crear oportunidades de inversión y capitalización de los activos de las microempresas rurales” y que luego se extendería a todo el país (Vargas del Valle, s.f., p. 5).

seguridad de sus líderes. El distanciamiento se profundizó a raíz de los acuerdos de paz de 1990 y la convocatoria a la Asamblea Nacional Constituyente. (Valencia y Celis, 2012, p. 63)

El segundo periodo que analizan los autores está caracterizado por las expectativas de democratización que generó la Asamblea Nacional Constituyente, por la escalada del conflicto armado y por las muchas frustraciones de los sindicalistas en su intención de participar, formular y definir políticas públicas (Valencia y Celis, 2012, p. 73).

Uno de los intentos del sindicalismo para proyectarse en la implementación de políticas públicas a nivel nacional, fue en el gobierno de Samper (1994-1998), en el cual se propuso el “Pacto Social de Productividad, Precios y Salarios”; sin embargo, ese pacto terminó en forma lánguida, pues no fue posible concretar acuerdos (Valencia y Celis, 2012, p. 83).

Como correlato, los autores consideran que una de “las principales características del período 1991-1997 fue la desvinculación de los conflictos sociales de la confrontación bélica” (Valencia y Celis, 2012, p. 84).

De las características más destacadas que señalan Valencia y Celis (2012) para el tercer periodo de análisis (1998-2003), fue que el sindicalismo tuvo una confrontación permanente con el gobierno de Andrés Pastrana Arango (1998-2002), debido a que ese gobierno implementó la reestructuración de entidades del Estado, con lo cual hubo despidos masivos de trabajadores en el sector público. Igual ocurrió con la reforma al situado fiscal², que implicó la disminución de recursos destinados a la salud y la educación. Además, ese gobierno dio inicio a las negociaciones del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos, las cuales crearon malestar en el sindicalismo (Valencia y Celis, 2012, p. 100).

Ese tercer periodo de análisis de Valencia y Celis (2012) comienza con grandes expectativas de paz, debido al acuerdo de diálogo con las FARC; pero, al mismo tiempo, se dio un recrudecimiento de la guerra. Finalmente, afirman los autores que los impulsos democratizadores se hundieron con la aparición de un discurso guerrillero agenciado por el presidente Álvaro Uribe Vélez (Valencia y Celis, 2012, p. 141).

² “El situado fiscal pertenece al subsistema de transferencias automáticas de la nación hacia los municipios, las cuales constituyen cesiones de recursos que hace la nación de su propio presupuesto, tomando como base, por lo general, porcentajes de participación de las entidades territoriales en los ingresos corrientes. Tales transferencias se hacen de acuerdo a fórmulas preestablecidas en la Constitución y la ley, y se ejecutan bajo la responsabilidad técnica y administrativa de las entidades territoriales” (Jaramillo, 1994).

El cuarto periodo se inicia en 2004, cuando se formalizó la negociación del gobierno con las AUC. El énfasis discursivo está puesto sobre la tesis de que: más que una guerra contra el terrorismo, lo que se dio fue una estabilización de los poderes de las elites regionales, generada por los grupos paramilitares (Valencia y Celis, 2012, p. 143).

Sin embargo, es de resaltar la siguiente cita, en la cual el sindicalismo tuvo algunos logros en sus dos décadas anteriores:

La amplia participación de dirigentes sindicales en la contienda política electoral puede interpretarse como la búsqueda de espacios para gestionar reivindicaciones gremiales en torno a los presupuestos destinados a educación y salud, para impedir privatizaciones y para presionar la concertación de reestructuraciones de empresas estatales y políticas públicas que afectan a los trabajadores. (Valencia y Celis, 2012, p. 157)

“La Nueva izquierda colombiana: orígenes, características y perspectivas”, fue escrito por Rodríguez en 2005. Ese estudio hace parte de *La nueva izquierda en América Latina. Sus orígenes y trayectoria futura*, reseñado antes. El texto tiene como objetivo:

(I) el estudio de la forma como las peculiaridades de la situación colombiana le han dado unos rasgos particulares a la evolución reciente de izquierda en el país y (II) el examen de las similitudes e influencia de esta en las nuevas corrientes de izquierda que han surgido alrededor de América Latina. (Rodríguez, 2005, p. 194)

Rodríguez fórmula algunas tesis para abordar el tema sobre la *Nueva Izquierda* en Colombia, entre ellas, que el núcleo de sus propuestas consiste en una combinación entre negociación política y protección de garantías democráticas, como salida al conflicto armado, y una oposición, en términos muy generales, al neoliberalismo económico.

Igualmente, en el análisis se plantearon cuatro elementos de contexto para exponer los factores que determinaron el surgimiento de la Nueva Izquierda. El primero se refiere a la atomización que sufrieron los partidos políticos tradicionales con la creación de nuevas reglas electorales, las cuales relevaron figuras individuales; el segundo, al resurgimiento de los movimientos sociales, como el sindicalismo, cuya agenda política se centró en reivindicaciones más universales, o como el movimiento indígena que combinó las protestas y las acciones directas con participación electoral

mediante partidos étnicos, reivindicación del derecho al territorio y la diferencia cultural; el cuarto referencia la estrategia de las FARC de convertir su acción en una economía de guerra, que alejó las simpatías que tenía al interior de la izquierda y, en quinto lugar, a la crisis económica, debido a que, mientras se impulsaron políticas neoliberales, resurgían propuestas basadas en la atención a las necesidades básicas, la creación de empleo y la redistribución de la riqueza (Rodríguez, 2005, p. 205).

Durante los años 2001 y 2005 se dio una coalición en la izquierda entre el Frente Social y Político (FSP) y el Polo Democrático Independiente (PDI) que atrajo a muchos sectores de la izquierda. La aparición de ese fenómeno coincidió con la derechización del electorado colombiano después de terminado el proceso de paz en el gobierno de Andrés Pastrana Arango (1998-2002). Para ilustrarlo, Rodríguez trae una cita de Daniel García Peña, asesor político del Polo Democrático Independiente, quien afirmó en una de las entrevistas realizadas por el autor, que «el gran unificador de la izquierda es Álvaro Uribe Vélez» (Rodríguez, 2005, p. 214).

En cuanto a los rasgos sobre la ideología, las propuestas y las estrategias de la izquierda, Rodríguez (2005) encuentra que, entre los actores de la izquierda existieron coincidencias claras, como la defensa de la *Constitución Política*, el rechazo a las propuestas de reformas en el gobierno de Álvaro Uribe, así como a sus políticas económicas y de orden público. Mientras que las diferencias fueron menos claras: “tenían que ver más con la tendencia secular a la división en la izquierda y a conflictos entre liderazgos personales que con razones ideológicas de fondo” (Rodríguez, 2005, p. 214). Para tratar de explicar las diferencias, señala como ejemplo que, mientras el FSP-AD afirmaba que el PDI era un partido de centroizquierda, el mismo frente social se consideraba más a la izquierda que al centro. Por su parte, el PDI proclamaba que la AD era extrema izquierda (Rodríguez, 2005, p. 213).

Para Rodríguez (2005), el FSP y la AD tuvieron como consigna la oposición integral al gobierno de Uribe, y eso los diferenciaba de la centroizquierda. Sus discursos se fundaron más en la crítica y en la formulación de alternativas a las políticas de derecha que en la descalificación a las propuestas armadas de la izquierda. También afirma Rodríguez que la trayectoria de Carlos Gaviria Díaz se soportó en una tradición de defensa de los derechos civiles y de oposición a la violencia de izquierda y de derecha; en tanto Petro, era un opositor al neoliberalismo y al intervencionismo norteamericano (2005, p. 219).

Rodríguez (2005) también señala las propuestas de la izquierda que insistían en una solución política negociada al conflicto armado, aunque reconociendo el deber del

Estado para combatir a los grupos armados. La propuesta política se concretaba en la preferencia por la presión política a través de la implementación de programas sociales que atendieran las causas políticas y socioeconómicas de la violencia (reforma agraria y del Estado, y distribución de la riqueza, entre otras), con lo cual se le quitaría peso político a la guerrilla, obligándola a negociar. En esa medida, esa izquierda se oponía a las políticas formuladas en el Plan Colombia (Rodríguez, 2005, p. 221).

En cuanto a la defensa de los derechos humanos, del Estado de derecho y del derecho internacional humanitario, el autor considera que en comparación con los demás estudios sobre la Nueva Izquierda en Latinoamérica, en Colombia se vivía una paradoja, ya que para ser de izquierda se debían defender las garantías liberales, es decir, las instituciones políticas (Rodríguez, 2005, p. 221).

También afirma Rodríguez que la fórmula para el conjunto de elementos de la propuesta de la izquierda es la “seguridad humana”, con la cual se garantizaría la seguridad económica, alimentaria, en salud, personal, ambiental y política. En ese concepto de seguridad, la propuesta de política económica de la *Nueva Izquierda* se presentaba como una oposición al neoliberalismo, aunque favorable a la apertura económica, es decir, condicionada (Rodríguez, 2005, pp. 222-223).

El autor encuentra que mientras el PDI consideraba tomar medidas de estabilidad monetaria como requisito para las reformas sociales y económicas, el FSP estaría menos convencido de ello. También afirma que hay sectores que tenían como consigna la reforma agraria, la seguridad alimentaria y la democratización del crédito (Rodríguez, 2005, p. 226).

Finalmente, Rodríguez considera que las etiquetas “izquierda” y “centroizquierda” fueron explotadas por la prensa para magnificar los postulados de la *Nueva Izquierda*, pero no fueron determinantes en la identificación de la ideología de los grupos de izquierda (Rodríguez, 2005, p. 218).

3. El discurso de la *Nueva Izquierda*

3.1 Líneas generales de los editoriales

En los textos de los editoriales publicados entre 1984 y 2010 (*C&T* N^{os} 1-80, 1984-2010) se exhorta permanente al sindicalismo colombiano para que una sus demandas a las de otros movimientos sociales: campesinos, estudiantes, indígenas y populares, entre otros.

El propósito que plantean los discursos editoriales es que el movimiento sindical llegue a ser una organización “con solidez institucional [y] con fuerza numérica” (*C&T* N^o 1, dic. 1984) que, además de defender las conquistas logradas para los trabajadores a través de la negociación colectiva y con la presión de sus huelgas, se integre al proceso político del país, influyéndolo a través de plataformas programáticas articuladas a candidaturas, programas de partidos políticos y movimientos sociales que coincidan en sus aspiraciones políticas. Igualmente, esos propósitos se articularán a procesos de unidad internacional, sobre todo a partir de 2001, cuando en los editoriales se comienza a perfilar un discurso que alienta la vinculación a la consolidación del sindicalismo internacional y a los convenios que se acuerdan en las conferencias de la Organización Internacional del Trabajo (OIT).

En los editoriales se identificaron tres periodos, los cuales concuerdan aproximadamente con las tres décadas de existencia de *C&T*. En el primero, entre 1984 y 1990 (revistas N^{os} 1-20), se convoca permanentemente a la “unidad sindical”. Aunque a finales de 1986, con la fundación de la CUT, parecía haberse avanzado en esa pretensión, en el editorial de la revista N^o 7 (oct. 1986) y posteriores, se insiste en ello debido a que en las organizaciones sindicales siguen existiendo prácticas burocráticas y sectorizadas que le restan fuerza e influencia política al movimiento sindical, y que junto con otros factores, impide su proceso de crecimiento.

El segundo periodo, entre 1990 y 2001 (revistas N^{os} 21-54), los discursos hacen una crítica permanente a las reformas neoliberales aplicadas a la estructura general del Estado colombiano, especialmente en lo concerniente a temas laborales, ya que con las nuevas regulaciones se propició la desaparición de muchos sindicatos, se disminuyó el número de afiliados y se perdieron garantías y derechos de los trabajadores y de las organizaciones sindicales.

El tercer periodo, entre 2001 y 2010 (revistas N^{os} 55-80), comienza mediando el gobierno de Andrés Pastrana Arango (1998-2002) y finaliza con el término de la

segunda etapa presidencial de Álvaro Uribe Vélez (2006-2010). Durante ese periodo, en los editoriales se cuestionan los ataques a las instituciones del Estado, como la Corte Constitucional, la figura de la tutela y los antiguos ministerios de Trabajo y Seguridad Social; así mismo, se pretende que el sindicalismo perfile su accionar atendiendo a una agenda laboral global.

3.2 Los términos

3.2.1 “Izquierda”

El uso del término *izquierda* en los editoriales tiene una mayor presencia en el primer periodo (19 ocasiones), frente a una aparición en el segundo y dos en el tercero.

En el primer editorial, la palabra se utiliza para indicar en qué lugar se ubicaría la revista en el espectro político del país, es decir, se exponen los propósitos de impartir formación al sindicalismo y debatir aspectos de la vida laboral del país desde una posición de la izquierda colombiana (*C&T* N° 1, dic. 1984). El propósito de ofrecer formación política al movimiento sindical, quizá busque ser la respuesta a una de las viejas aspiraciones de la izquierda –como quedó registrado en los idearios del MOIR expuestos por López (2001) y Moreno (2007)– y distanciarlo de las posiciones que consideraban al movimiento obrero como un instrumento para el logro de otras aspiraciones.

En adelante, los discursos se dirigen a la necesidad de que la izquierda ubique su presencia en escenarios en los que su quehacer se entronque en la dinámica política del país, tales como los movimientos sindical y sociales (populares y cívicos, entre otros), pues constantemente aluden a la necesidad de que la izquierda y el sindicalismo estén presentes en coaliciones y alianzas, con el fin de presionar a los gobiernos para que hagan reformas políticas que favorezcan el ideario de la Nueva Izquierda. Es así como en el editorial de la revista N° 3 (ago. 1985) puede leerse: “un paro de la izquierda sola, tiene escasa repercusión, o por lo menos, no tiene la dimensión y la fortaleza necesarias para obtener triunfos” (*C&T*, N° 3); y, en el editorial de la revista N° 9 (ago. 1987): “no se puede negar, que la izquierda ha empezado a abordar la próxima elección de alcaldes, acudiendo al apoyo y participación en los paros, como quiera que su filosofía política no tiene la facilidad de emplear otros medios y recursos para hacer campaña” (*C&T* N° 9).

Podría suponerse que la izquierda comienza a dejar de pensarse como una agrupación de personas que conoce los resortes secretos de la política –su “filosofía política”– y

que el resto de la población desconoce (Melo, 1978), para tratar de obtener una legitimación ciudadana a través del contacto directo con los sectores populares.

Las pretensiones de esa izquierda tienen como ruta el ejercicio de la unidad, entendida como el acuerdo de intereses entre los diferentes sectores sociales que protagonizan el deseo de cambio en las costumbres políticas colombianas (Moreno, 2007, p. 70). Esa práctica política es heredera de la experiencia de los partidos que dominaron la esfera nacional durante el Frente Nacional (Liberal y Conservador), convertida además en norma, con la pretensión de mantener en el poder a los dirigentes de esos partidos. Según el editorial de la revista N° 9 (ago. 1987):

Se viene cuajando un nuevo modelo de participación política, de ensanchamiento del ejercicio de la democracia que en vez de desactivarse en la elección popular de alcaldes, cobrará gran vigor en la medida en que los pobladores se vayan apropiando de la responsabilidad del manejo de sus propios destinos e intereses, en un proceso que insinúa importantes cuestionamientos al régimen político prevaleciente. (*C&T* N° 9)

En los editoriales se entrevé que hay una distancia entre una izquierda que dice representar a los sectores populares, y unos movimientos cívicos y populares que manifiestan su indignación alejados de aquella. Por tanto, la tarea de la izquierda será la de sumarse a esas expresiones y liderar (o ser parte) de plataformas políticas que resulten del consenso entre agrupaciones diferentes.

Esa izquierda que se pregona en los editoriales también expresa su inconformidad con un sector de la izquierda que continúa actuando bajo un modelo en “proceso de descomposición”: quiere dirigir las acciones de los movimientos sociales desde un plano en el que las dirigencia del “partido” dicta la forma de actuar y considera que su frente de “vanguardia” es la clase obrera.

Igual crítica se hace a la izquierda que considera posible obtener triunfos a través de “la lucha armada”. En los editoriales se hace referencia a las vías militaristas como un instrumento desgastado –no solo en la izquierda, también en la derecha–, ya que la violencia es “un pésimo ejemplo para la solución al resto de conflictos cotidianos” (*C&T* N° 12, oct. 1988), y critica a quienes pretenden apoyar dichas acciones, ya que: “el accionar mismo de las guerrillas, [...] sigue siendo sobredimensionado, llegando incluso a opacar la acción de las masas obreras y populares” (*C&T* N° 13-14, oct. 1988).

Esa Nueva Izquierda ve con buenos ojos las manifestaciones de las organizaciones sociales que se han formado en el periodo, y celebra su capacidad de organización y

dirección, así como la conformación variada de los integrantes, porque en ellas se expresa el pluralismo político que desecha las confrontaciones ideológicas y aspira a la unidad de intereses. Por ello es que en el editorial de la revista N° 5 (abr. 1986) se celebra que:

Diversos movimientos cívicos, grupos políticos nacionales, movimientos regionales y personalidades de la izquierda democrática hayan iniciado un proceso de coordinación hacia un gran frente democrático, aglutinado alrededor de unos postulados básicos como son la convocatoria de un referéndum y de una asamblea popular que aboquen las reformas políticas y sociales más urgentes y que expresan los intereses de todos los grupos sociales y políticos del país. (C&T N° 5)

Las movilizaciones sociales son consideradas expresión de un programa político en el que se formulan aspiraciones de cambio en la aplicación de políticas públicas. Es decir, las reivindicaciones expresadas en paros, huelgas y demás manifestaciones serían la carta de navegación para realizar reformas en la vida económica, política y social del país; reformas asociadas con la creación de condiciones de igualdad para sectores vulnerables de la sociedad. Bajo esta premisa, en el editorial de la revista N° 15 (may. 1989) se considera que debe hacerse un:

Plan de salvación nacional que incluya la suspensión inmediata del pago de la deuda externa, la nacionalización de los recursos naturales y de los sectores claves de la economía del país, una reforma agraria y urbana realmente democráticas conforme lo proponen las Centrales Obreras en el Pliego Unificado de Exigencias que entregaron al gobierno durante el primer semestre del año pasado. (C&T N° 15)

Las consignas formuladas expresan deseos generales, que solo serían viables bajo un modelo de desarrollo diferente (Melo, 1978) al que por entonces lideraban los partidos tradicionales en cabeza del entonces presidente Virgilio Barco.

Pese a que en los editoriales se manifiesta cierta reticencia a la reforma política de 1986, la cual propiciara la primera elección popular de alcaldes, en sus textos no se dejará de alentar al movimiento sindical, a la izquierda misma y a los movimientos sociales, para que sean protagonistas en dichas elecciones.

Ese razonamiento expuesto en los editoriales del primer periodo parece reñir con algunas ideas de la izquierda. Es decir, en ellos coexiste la idea de que la burguesía manipula los instrumentos democráticos del Estado a su favor y, por tanto, la participación electoral significa “apoyar la tiranía” (López, 2001, p. 103), mientras

que también se expone la posibilidad de incidir en la política nacional si se logra presencia en los gobiernos locales, pretensión que la UP expresó como el deseo de una apertura democrática en el libre ejercicio de la democracia (Moreno, 2007, p. 89).

Uno de los valores que se destacan en los editoriales sobre los militantes de la izquierda en las organizaciones sociales, es su capacidad para organizar jornadas de protesta, y afirman incluso que eso fue lo que generó confianza para que en 1986 se formalizara la anhelada unidad del sindicalismo, expresada en una central sindical de carácter plural (*C&T* N° 16, oct. 1989).

En el segundo periodo, el término “izquierda” aparece en una ocasión, y no muestra matices diferentes, pues su mención se asocia a los procesos de unidad del primer periodo, aunque se percibe en su enunciación la consolidación de la izquierda como opción política en la sociedad:

La fusión de cuatro federaciones, [...] evidencia un gran avance en cuanto a tolerancia y pluralidad. Aceptan convivir en una sola organización todas las expresiones políticas que existen en nuestra sociedad: partidos tradicionales y de izquierda en todos sus tonos y matices y sindicatos filiales de centrales distintas, CTC y CUT; representa además la agrupación de fuerzas, recursos e inteligencias de aproximadamente 140 sindicatos. (*C&T* N° 30-31)

Igual ocurre en el tercer periodo, en el que la expresión “izquierda” aparece en dos ocasiones, y en el mismo párrafo, aunque la novedad es la creación de un partido que representa las pretensiones de la Nueva Izquierda:

En estos veinticinco años participamos de múltiples procesos de unidad y división al interior de las organizaciones políticas independientes, democráticas y de izquierda en el país y, recientemente y, como signo de gran esperanza, asistimos al surgimiento de un gran partido de la izquierda democrática: el Polo Democrático Alternativo, que ha logrado, además de unir a todos los que por muchos años buscamos diferenciarnos, colocar unas ideas y una agenda de transformación democrática en nuestra sociedad. (*C&T* N° 72-73, sep. 2007)

Cabe mencionar que, frente a la meta de “unir a todos los que buscamos por muchos años diferenciarnos”, Daniel García Peña señalaría que “el gran unificador de la izquierda es Álvaro Uribe Vélez”, ya que, con el giro a la derecha que experimentó la sociedad colombiana por entonces, se abriría el espacio a la izquierda (Rodríguez, 2005, p. 214).

Podría pensarse que la reiteración del término “izquierda” en el primer periodo está asociada con el hecho de que los partidos tradicionales se mostraran reticentes a la

participación política de otros sectores políticos diferentes a ellos. Los partidos tradicionales se apoyaron en la *Constitución Política* de 1886 para mantenerse en el poder. Aun así, la clase dirigente del país, conformada por representantes de los partidos Liberal y Conservador, realizaron reformas después de terminado el Frente Nacional (1974), para crear escenarios de participación política; sin embargo, dichas reformas no permitieron un acceso amplio a las fuerzas políticas diferentes a las tradicionales. Por tanto, la reiteración de la palabra “izquierda” en los editoriales de dicho periodo parece mostrar la necesidad de reconocimiento de esa opción política.

Luego del proceso constituyente y la presentación de la nueva carta política en 1991, en la que la participación política de los diferentes sectores políticos se convierte en hecho cierto, el término “izquierda” prácticamente desaparece de los editoriales, así como la necesidad de su mención.

3.2.2 La distinción de “clases”

El término “clase” ha sido utilizado por la izquierda para especificar la forma como se conforma la sociedad, la cual, en algunos casos se considera dividida entre “burguesía” y “proletariado” en un sistema capitalista (para el PCC) (López, 2001, p. 94), y, en otras ocasiones, entre “terratenientes” y “campesinos” en un sistema semifeudal (para el MOIR), (López 2001, p. 98). Al revisar el término “clase” en los editoriales, se observa que su recurrencia es similar a la del término “izquierda”. Es decir, en el primer periodo se manifiesta con mayor frecuencia y luego se reduce en los siguientes dos. En esta investigación se optó por nombrarlas “alta” y “baja”.

a. La clase alta

En los editoriales, la clase alta aparece nombrada con diferentes adjetivos, de los cuales el más frecuente es “dirigente”. Los sujetos a los que se les adjudica ese adjetivo, son aquellos que deciden sobre propósitos económicos, sociales y políticos de aplicación para el país.

La clase dirigente colombiana la conforman básicamente quienes confluyen en las ramas del poder del Estado. Sin embargo, el punto de vista que se muestra en los editoriales sobre la dirigencia del país, se enfoca en los poderes legislativo y ejecutivo, pues cuando se alude a la rama judicial –en el editorial de la revista N° 4 (dic. 1985)–, no se hace para juzgarla, como ocurre con los otros poderes, sino para alabar el papel que cumplía en los procesos entablados contra el uso excesivo de la fuerza en el gobierno de Julio César Turbay Ayala (1978-1982).

En ocasiones, en los editoriales también se incluye a los gremios empresariales (ANDI, Fenalco, SAC y Acopi)³ en la clase dirigente, sobre todo cuando sus temas son las reformas económicas y laborales. En los editoriales se expresa que dichos gremios son los que aportan los criterios para la formulación de esas reformas, las cuales se consideran favorables a los sectores productivo, financiero y comercial, en detrimento de los demás sectores sociales.

La clase dirigente del país, aunque ha creado mecanismos de diálogo con otros sectores sociales, como el sindicalismo, con la creación del Consejo Nacional Laboral, solo pretende legitimar su actuación sin dejar de mantener el control en las decisiones, ya que su conformación estaría dominada por el gobierno y los gremios económicos, quienes actúan mancomunadamente; estos últimos en ocasiones son calificados como “explotadores”. Aun así, en los editoriales se expone la idea de que las centrales sindicales deben participar en dicho Consejo, pero buscando abrir canales para que se convierta en un organismo con mayores garantías para la discusión y el debate en asuntos que conciernen a todos los sectores sociales.

La clase dirigente también propició la elección popular de alcaldes. Por ser un mecanismo de participación política extraño para la época (1986-1988), en los editoriales se expresa recelo ante ello, ya que es visto como una forma que usan los partidos tradicionales para relegitimarse debido a la pérdida de credibilidad ante la sociedad.

Algo similar ocurre cuando se abre el proceso constituyente. En los editoriales se manifiestan dudas en cuanto a quiénes conformarían la dirección del proceso, ya que en anteriores eventos de reforma los integrantes siempre fueron representantes de los partidos Liberal y Conservador.

Igualmente, en los editoriales se afirma que la clase dirigente ha utilizado al sindicalismo como “peón de brega”, con lo cual se quiere dar a entender que las alianzas que hace con los dirigentes sindicales son para manipularlos y favorecerse, aunque no exponen cuál es el tipo de maniobras que se realizan.

Otros adjetivos utilizados en los editoriales para calificar a la clase alta se asocian con asuntos diferentes. La clase “empresarial” refiere a los miembros del sector exportador, que fue uno de los sectores claves en el modelo de desarrollo de

³ Esas siglas representan, en su orden, los nombres de: la Asociación Nacional de Industriales, la Federación Nacional de Comerciantes, la Sociedad de Agricultores de Colombia y la Asociación Colombiana de Micro, Pequeñas y Medianas Empresas.

sustitución de importaciones, y seguiría siendo fundamental en las nuevas dinámicas del mercado en la apertura económica.

En el caso de los integrantes de las clases “altas”, en los editoriales estos se asocian con sujetos que pueden hacer gastos que otras clases sociales no pueden hacer, es decir, tienen “rentas de capital”, “crédito financiero” y hacen “encajes bancarios” (*C&T* N° 15, may. 1989).

Las clases “ricas”, en el editorial de la revista N° 17 (dic. 1989), son responsables de la violencia entre ellas mismas. Por el contexto en que se inscriben se asocia con el fenómeno del narcotráfico y sus expresiones de violencia. De manera que el término se relaciona con el acceso de los sujetos de las clases altas a bienes de capital adquiridos a través de negocios con el narcotráfico.

En el editorial de la revista N° 12 (oct. 1988), las “clases hegemónicas” están relacionadas con un conjunto de personas que tienen tradición de poder en el país. Un poder, por demás, ilegítimo, pues tiene su origen en la creación de la República, relacionado con la usurpación “del legado patriota y republicano de los comuneros y del ejército libertador de Bolívar y Nariño” (*C&T* N° 12). Es decir, en los editoriales se deja entrever que las clases hegemónicas, aunque mantienen el poder, se deslegitiman con prácticas deshonrosas.

En el segundo y tercer periodos la mención a la clase alta es menos frecuente, y sus matices se limitan a las clases “política” y “dirigente”, mientras las demás adjetivaciones parecen haber perdido sentido frente a una sociedad que amplió la participación política a otros sectores políticos de la sociedad.

La clase “dirigente”, en el segundo periodo, ha propiciado la aparición del narcotráfico, y su fraccionamiento no es buena señal para la solución de los conflictos sociales del momento, inscritos en una marcada violencia. La clase “política”, a su vez, es mencionada en los editoriales para resaltar la dependencia colombiana de Estados Unidos en la guerra contra el narcotráfico, y se considera compuesta por “políticos sin clase”, porque tratan a los colombianos con irrespeto: “peor que a sus peones” (*C&T* N° 42, may. 1997).

En el tercer periodo la clase “política” aparece también relacionada con otra ilegalidad: el paramilitarismo, ya que a raíz de una investigación que realizó la Corporación Arcoiris, se hizo público que algunos miembros del parlamento colombiano estuvieron relacionados con esos actores, en el control territorial del país.

b. La clase baja

El término *clase baja* en la sociedad colombiana es usado en los editoriales con menos frecuencia y menos adjetivos que el de *clase alta*. Los calificativos “obrero” y “trabajadora” aparecen asociados con movilizaciones sociales, paros y huelgas, y se relacionan, en ocasiones, con el sindicalismo, y en otras con movimientos sociales diferentes. Los adjetivos se usan acompañados de la metáfora “gran masa”, con el fin de resaltar el número de sujetos que conformarían esa clase social.

La clase conformada por obreros y trabajadores también incluye sujetos que laboran en sectores de la economía informal, técnicos y profesionales, considerados en los editoriales como “desorganizados” por no pertenecer al movimiento sindical; aunque es posible su ingreso al sindicalismo, siempre y cuando la estructura organizativa de las centrales sindicales permita su afiliación directa.

También puede apreciarse que su uso se relaciona con el debate que le hacen los editoriales a un sector de la izquierda. Dicha crítica enuncia que la clase obrera o trabajadora es considerada por aquellos, como la “vanguardia de la revolución”, que debería seguir las directrices que la llevarían a la consolidación de la “dictadura del proletariado”. O también, el uso de los adjetivos, es visible cuando se critica al sindicalismo por no desarrollar su potencial como fuerza “numérica” para lograr reformas que favorezcan cambios en las políticas públicas, en beneficio de los sectores desprotegidos de la sociedad.

Las “clases subalternas” son la misma clase baja, y cuando se mencionan se hace para resaltar la condición de víctimas que sufren la violencia que ejercen las clases “ricas” (C&T N° 17, dic. 1989).

La “clase media”, por su parte, aparece como una clase subalterna a la que se le hace un llamado para que sea parte de las luchas de la izquierda por la conquista de reivindicaciones sociales. El argumento que se utiliza en los editoriales se basa en la idea de que los efectos que sufre la población con las políticas que implementa la clase dirigente, también influyen a esa clase social.

Sobre las clases bajas vale mencionar la conclusión que hace Rodríguez (2005) sobre la conformación de votantes para la izquierda en su periodo de estudio. El autor menciona el hecho de que las aspiraciones y el ideario de la izquierda se expresan en discursos dirigidos a sectores de la población que sufren los efectos devastadores de las políticas que aplican los gobiernos de derecha; sin embargo, cuando de votación se trata, las encuestas muestran que la preferencia por la izquierda la marcan los

sectores de la clase media y el voto de opinión. Para soportar esa afirmación se trae a colación a “los analistas [, quienes] han concluido que la clase social no fue un factor relevante en el voto por la izquierda” (Rodríguez, 2005, p. 226).

c. La clase sustantivada

Otra forma de utilización de la expresión “clase” en los editoriales, es dotarla de diferentes sustantivos. Esas expresiones aparecen en todos los periodos, y son: “conflicto de clases”, “confrontación de clases”, “lucha de clases”, “carácter de clase”, “identidad de clase”, “conciliación de clases” y “traición de clase”.

En los editoriales N° 9 (ago. 1987) y N° 13-14 (dic. 1988), cuyos temas son los paros cívicos, las expresiones que incorporan los sustantivos: “confrontación” y “lucha”, aluden a la “oposición, rivalidad u hostilidad entre contrarios que tratan de imponerse el uno al otro” (DRAE, 2010) y refiere el papel histórico del movimiento obrero ante la burguesía.

En el segundo y tercer periodo, las expresiones referidas a la *clase*, que usan los sustantivos: “traición”, “identidad” y “carácter”, se relacionan con la lealtad y la confianza que debe guardarse a la clase obrera. En el mismo sentido, la “conciliación”, que alude al “acuerdo entre litigantes para evitar un pleito o desistir del ya iniciado” (DRAE, 2010), es usada para mostrar el impedimento que tiene el sector clasista en la CUT para aceptar un acuerdo con el gobierno Ernesto Samper (1994-1998), llamado: “Pacto Social de Productividad, Precios y Salarios” (*C&T* N° 35, abr. 1995).

En general, en los editoriales, esos términos sustantivados se encuentran relacionados con el debate interno de la izquierda dentro del sindicalismo, el cual muestra que aún persisten principios de la filosofía marxista que resienten de la democracia y la negociación política, por ser instrumentos que la burguesía utiliza a su favor. Principios que en la izquierda representan la “ortodoxia de la izquierda” y suponen inmovilidad.

En conclusión, el énfasis que se hace en los editoriales del primer periodo, adjetivando de manera tan variada a la clase alta, se relaciona con la idea de persuadir, por medio de la descalificación, para que dicha clase sea vista (o se vea a sí misma) como protagonista del deterioro del país, al tiempo que se la sugiere como culpable de las malas condiciones de vida de la población. Esa misma actitud de la Nueva Izquierda es mencionada por Rodríguez y Barret cuando afirman que una de las estrategias utilizada por la Nueva Izquierda fue la de cambiar las consignas

relacionadas con las reivindicaciones de sectores particulares, a la de acusar a los partidos tradicionales de los males que aquejan a la nación (Rodríguez y Barret, 2005 p. 53-54).

Los adjetivos que se agregan a la clase baja también aparecen sólo en el primer periodo, lo cual sugiere que la izquierda concibe a Colombia como una sociedad constituida por los dueños de los medios de producción y por quienes solo tienen como recurso su fuerza de trabajo.

La clase usada en forma sustantivada en los editoriales, sugiere a su vez, que el debate que se da al interior de la izquierda sobre asuntos de principios no termina, ya que las expresiones sustantivadas como “conflicto de clase”, “confrontación de clase” e “identidad de clase”, entre otros, son usados en todos los periodos, y se relacionan con esas discusiones, en las cuales un sector de ella propicia el desarrollo político de la izquierda haciendo acuerdos entre diferentes sectores políticos, incluso de la derecha, y otro que considera al movimiento obrero como aquel que guiaría a la “dictadura del proletariado” y, por tanto, cualquier alianza con sectores que no tienen en consideración la lucha por un cambio del sistema capitalista, significaría una traición a los postulados centrales de esa clase social.

3.2.3 El término “democracia”

La actuación de la izquierda dentro de las reglas de juego republicanas en el país, es reseñada por López (2001), al caracterizarla en las diferentes expresiones partidarias. Algunos partidos, como el PCC-ML, vieron la democracia como un ejercicio del dominio político de la “burguesía”, desde el cual no se podría realizar ningún cambio real al sistema capitalista, mientras otros, como los socialistas, vieron en ella la posibilidad de la “revolución ininterrumpida” o “la revolución democrática socialista” (López, 2001, p. 108). Igualmente, Moreno (2007) plantea que el MOIR consideró las elecciones “como una instancia de denuncia” (p. 34); mientras que Valencia y Celis (2012) anotan que el sindicalismo mostró su rechazo a las vías armadas y comprendió que “la disputa estaba en el campo de la democracia” (p. 18).

Uno de los aspectos que mencionan Rodríguez y Barret (2005) como característica de la *Nueva Izquierda* en Latinoamérica, es la presencia de gobiernos de izquierda elegidos democráticamente:

Hoy en día, partidos y figuras políticas que representan diferentes tendencias de izquierda gobiernan en Brasil, Argentina, Uruguay y Venezuela, al igual que varias de las ciudades más importantes de la región, desde Bogotá y Ciudad de

México hasta Montevideo, Caracas y Belo Horizonte. (Rodríguez y Barret, 2005, p. 18)

En las 65 apariciones del término “democracia” en los editoriales de la revista *C&T*, pueden leerse connotaciones diferentes del término, según su intencionalidad discursiva, tales como: democracia representativa, la democracia que se espera, la democracia a secas y, una más, con connotación neutra.

a. La “democracia representativa”

Durante el primer periodo de análisis de los editoriales (1984-1990), Colombia vivía un proceso de “apertura democrática”, según puede leerse en varias partes del texto de Valencia y Celis (2012, pp. 15, 63 y 72). A su vez, en los discursos editoriales, a esa apertura se le agrega el término “política”, y puede leerse de varias formas, entre las cuales está la de una crítica al modelo de democracia que ejercían los partidos tradicionales. Esa crítica, en general, se explicita con adjetivaciones negativas, tales como: “obsoleta”, “restringida”, “excluyente” y “estrecha”.

Otras formas de censurar la democracia representativa en los editoriales es otorgándole características de acción, como cuando se afirma en el editorial de la revista N° 3 (ago. 1985) que: “una democracia que no tolere, que no permita una protesta general o un paro de protesta, no merece ser tenida por tal” (*C&T* N° 3); o como cuando, con motivo de los resultados electorales del 29 de marzo de 1986, en el editorial de la revista N° 5 (abr. 1986), se presenta a modo de diagnóstico médico: “lo que observamos es la constatación y la permanencia de graves enfermedades y vicios de la democracia colombiana” (*C&T* N° 5).

También en los editoriales se descalifica a los defensores de la democracia que se practica en el país, cuestionando la forma como es utilizada esa democracia: “esa vieja norma del liberalismo intervencionista de otorgarle una función social a la propiedad [...] para hacer demagogia y alabar retóricamente nuestra democracia” (*C&T* N° 8, abr. 1987), que también se expresa cuando los partidos tradicionales abrieron algunos canales de participación, como el Consejo Nacional Laboral para la negociación del salario mínimo, del cual el editorial de la revista N° 11 (mar. 1988) manifiesta que: “esta falsificación de la democracia no nos disculpa de no participar en tales organismos”; al igual que lo hace más de año y medio después en el editorial de la revista N° 17 (dic. 1989): “las clases dominantes conservan algunas instituciones de concertación social y participación ciudadana, crean nuevas estructuras y abren canales de «democracia participativa»” (*C&T* N° 17).

b. La democracia que se espera

En los editoriales del primer periodo hay adjetivos aplicados al término “democracia” que expresan la necesidad de cambiar las costumbres políticas heredadas del Frente Nacional. Para caracterizar esa democracia que surge de la interpretación de dicha adjetivación, en este informe de investigación se optó por denominarla *La democracia que se espera*.

En esos primeros editoriales se han encontrado valoraciones tales como: “participante”, “auténtica”, “progresista”, “libertaria”, “sindical”, “obrero” y “popular”, con las cuales se le dota de un carácter novedoso. Lo que caracterizaría esa nueva democracia sería la posibilidad de que sectores políticos diferentes a los partidos tradicionales participen en la toma de decisiones sobre políticas públicas. Sin embargo, en los editoriales también se sugiere que esa práctica pluralista se realice en el seno de las organizaciones sindicales y en la organización de las movilizaciones sociales. Esa “nueva democracia” estaría caracterizada, no solo por el cambio cuantitativo en cuanto a sus participantes, sino también por el debate de las ideas, la “consulta permanente a las bases” y el consenso en las decisiones. Por ello también se le asignan términos como: “ensanchamiento”, “ampliación” y “participación fluida”.

Esa democracia que se espera, expresada en los editoriales, también está determinada por la presencia de enemigos, como: “la reacción y el militarismo”, “el discurso arrogante y peligroso de los enemigos de la paz”, “nuestro régimen político”, las “clases hegemónicas” y “una ya larga tradición en el manejo burocrático” (aplicada al sindicalismo), como fuerzas que quieren impedir que se abra la participación en los escenarios donde confluyen diversas fuerzas sociales.

Aunque la mayoría de las veces en los editoriales se caracteriza la democracia que se espera como algo que sucederá, sin embargo, en ocasiones, ese ejercicio participativo tiene expresiones concretas en la vida política del país, como en el caso de los pocos logros alcanzados en el Gran Diálogo Nacional durante el gobierno de Belisario Betancur, que en el editorial de la revista N° 4 (dic. 1985) se expuso como el inicio de una práctica con dichas características: “ese maravilloso intento de untar la democracia de pueblo”; o como lo hace, en el editorial de la revista N° 5 (abr. 1986), en el que se analiza la posibilidad de un triunfo en la elección popular de alcaldes en un futuro próximo: “no quisiéramos equivocarnos al expresar nuestro deseo de que finalmente las democracias se encuentren, así vengamos abriéndose campo por diferentes caminos” (C&T N° 5).

Igual ocurre cuando, en el editorial N° 6 (jul. 1986), se aplaude anticipadamente el Congreso de las Organizaciones Cívicas y Populares que se realizaría en julio de 1986:

La fortaleza y la persistencia de los movimientos cívicos [...] no sólo se han convertido en el motor del progreso [...], sino también en la posibilidad de ejercitar al más amplio y básico nivel la democracia que nuestro régimen político nunca ha permitido de manera cabal. (C&T N° 6)

Más adelante, en ese mismo editorial, también es elogiado de la siguiente manera: “a quienes trabajamos con el movimiento obrero y sindical, nos corresponde quitarnos el sombrero para saludar muy sincera y efusivamente este evento de la democracia popular” (C&T N° 6).

Siguiendo esta línea de lectura sobre las acciones en la nueva democracia, en el editorial de la revista N° 16 (oct. 1989) se celebra la realización del Segundo Congreso de la CUT y se afirma que ese es un ejercicio: “todavía incipiente de la democracia obrera” (C&T N° 16, oct. 1989).

La democracia que se espera, para poder llevarse a cabo como ejercicio de pluralidad política, también requeriría reformas estructurales en el Estado. Así quedó expresado en el editorial de la revista N° 5 (abr. 1986), cuando se afirma:

Cuan urgente es la necesidad de una reforma profunda del régimen político colombiano, que aspire a ampliar el nivel de participación, de fiscalización en el ejercicio de la democracia, que dé plenas garantías e igualdad de condiciones a todos los grupos y partidos. (C&T N° 5)

Dicha reforma debería ser aplicada también en el movimiento sindical: “el reconocimiento de estos hechos, deben [sic] marcar el inicio de una profunda reflexión acerca de los contenidos del trabajo con la clase obrera, de los criterios, principios, métodos de dirección, estilos de trabajo, ejercicio de la democracia, etc.” (C&T N° 5).

c. La democracia a secas

La democracia también es dotada, en los editoriales del primer periodo, de un sentido general, que se ha denominado en esta investigación “democracia a secas”. Esta caracterización se expresa en dos ocasiones en el editorial de la revista N° 12 (oct. 1988), cuando alude a la “la capacidad de iniciativa y de participación del sindicalismo por el cambio social (democracia, paz, desarrollo y soberanía)”, y

cuando se expresa el deseo de que “sectores importantes del movimiento sindical tomen la iniciativa de desatar [...] todo un proceso que culmine en una relación de fuerzas favorables que permitan conquistar la pacificación nacional, la justicia social, la democracia y la soberanía” (C&T N° 12).

d. La democracia neutra

Después del primer periodo de análisis de los editoriales, la expresión *democracia* sufre algunos cambios. En primer lugar, se aprecia que su recurrencia disminuye, ya que después de presentarse en 30 ocasiones en los 20 primeros editoriales, en el segundo periodo aparece en 12 ocasiones y en el tercero, 13. En segundo lugar, las adjetivaciones, cuando las tiene, sugieren su presencia en la vida política: “participativa”, “civilizada”, “política”, “social y económica” e “interna”.

Otra forma de valorar la democracia ha sido acompañándola de verbos como: “radicalizar”, “ampliar”, “fortalecer”, “perfeccionar”, “profundizar”, “fomentar”, “defender” y “construir”. Esto es explicable, ya que con el proceso de la constituyente y su resultado: la *Constitución Política* de 1991, las restricciones que fueron denunciadas en los editoriales en la década de los ochenta ya no existían, y los partidos políticos opositores o alternativos a los partidos tradicionales pudieron participar en los eventos electorales con mayores libertades. Sin embargo, en los editoriales del segundo y tercer periodos se deja entrever que la democracia tiene algunos problemas para ser ejercida. Uno de ellos es la violencia en el país a raíz de la lucha contra el narcotráfico durante los años noventa, y la que se desplegó contra los grupos paramilitares en la última década del siglo veinte, que en ocasiones se le atribuye a los “planes de guerra” en que se empeña un importante sector de la dirigencia colombiana”.

Otro de los problemas que se manifiestan en uno de los editoriales, es el cambio de actitud de un gobierno que había prometido tener acuerdos con el sindicalismo, como fue el de Samper Pizano (1994-1998), que al abortar su programa de “Salto Social”, el editorial de la revista N° 41 (oct. 1996) afirma que “las víctimas [de ello] son la Constitución Política, la democracia y la gente” (C&T N° 41); o, en el caso del gobierno de Andrés Pastrana, en el que se propuso un referendo de reforma política; la respuesta del editorial de la revista N° 51 (abr. 2000) fue: “la democracia es más amplia entre mayores sean los espacios de representación y la propuesta de eliminar las asambleas departamentales lo que hace es reducir, acortar los espacios de representación” (C&T N° 51).

La actitud que asumen los gobiernos es una amenaza para la democracia (según los editoriales), porque también sus representantes expresan discursos con una perspectiva guerrerista que, el editorial de la revista N° 59 (dic. 2002) anuncia de esta manera: “nos resistimos al diseño de un nuevo país y su institucionalidad correspondiente, desde una sola parte de él y mucho menos si esta [la institucionalidad] representa un ideario político de democracia restringida y dirigida sólo por una élite tecnocrática y económica” (C&T N° 59).

Aunque la democracia que se práctica en el país tiene problemas para ser ejercida sin restricciones, en los editoriales también se manifiesta la intención de que la participación no se quede en el mero acto de votar, sino que tenga amplios horizontes. Por eso, en los editoriales se hace un llamado a que “revolucionemos los métodos [...] armándonos de propuestas e ideas” (C&T N° 35, abr. 1995):

Una participación alta y con voz propia [para] fortalecer y perfeccionar la democracia política, crear cimientos fuertes para la democracia social y económica, reconstituir los partidos y movimientos políticos [y] crear un aparato de justicia que guarde los derechos humanos. (C&T N° 39)

Así mismo, en el editorial de la revista N° 63 (may. 2003), se considera que la democracia se defiende “construyendo amplias confluencias en lo local, lo regional y nacional, que busquen profundizar la democracia, profundizar los derechos y la institucionalidad del Estado Social, democrático y de derecho” (C&T N° 63). Por último, con ocasión de la celebración de los 25 años de la ENS, en el editorial de la revista N° 72-73 (sep. 2007) se afirma que la Escuela, junto con otras organizaciones, ha buscado “radicalizar la democracia, la vigencia de los derechos humanos, la paz y la justicia social” (C&T N° 72-73).

En los editoriales de los dos últimos periodos pueden apreciarse ejemplos del progreso que ha tenido el ejercicio de la democracia en el mundo sindical. Uno de ellos es aquel en el que se presentan las resoluciones aprobadas en el Quinto Congreso de la CUT, de las cuales, el editorial de la revista N° 69 (oct. 2006) destaca, entre otras:

La definición de una amplia agenda en el campo de la defensa de la democracia, la búsqueda de un modelo de desarrollo alternativo que saque de la pobreza y la desigualdad a la gran mayoría de colombianos y la recuperación de los derechos laborales de los trabajadores. (C&T N° 69)

Luego vuelve a mencionar los logros de ese Congreso, en el editorial de la revista N° 70 (dic. 2006) en el que se expresa que: “la CUT tomó decisiones profundas sobre su

estructura, sobre membresía directa, sobre democracia interna y sobre su afiliación a la CSI” (C&T N° 70); en el que también profetiza la actitud que tomaran los partidos frente a las nuevas realidad de la central: “los partidos políticos de oposición, el Polo Democrático Alternativo y el Partido Liberal, con fuerte arraigo, el primero, en el sindicalismo, con seguridad acompañarán a los trabajadores en la defensa de la democracia, la soberanía nacional y los derechos laborales” (C&T N° 70); y marca su inserción en la agenda laboral global cuando el editorial destaca la afiliación de las centrales nacionales a la Central Sindical Internacional (CSI) y su correlato regional: la Central Sindical de las Américas (CSA):

Un sindicalismo cada vez más ciudadano, más de cara al país y sus problemas, cada vez más actuante e importante en la escena política y social, ligado a las aspiraciones de la sociedad colombiana, la democracia, la paz, la soberanía y los derechos laborales (C&T N° 72-73).

3.2.4 La “unidad”

El vocablo “unidad”, en los editoriales de la revista C&T, se usa con el sentido de “unión o conformidad” (DRAE, 2001). Es una expresión común en todas las agrupaciones políticas y, aún más, en un discurso cuyos objetivos están basados en la pluralidad política.

El término también es definido por Moreno (2007), cuando afirma que la unidad es un sistema de alianzas entre varios sectores con una misma línea política (p. 70).

En los tres periodos de análisis, la expresión “unidad” se presenta con mayor recurrencia en el primero (21 veces) y en el tercero (nueve veces), mientras que en el segundo aparece en tres ocasiones.

El concepto *unidad*, en general, se entiende como un “proceso”, en el sentido de que, en los diferentes contextos en que se da como un hecho, es resultado de anteriores fases del fenómeno y, a su vez, es el punto de partida para posteriores ciclos. A continuación se exponen otras características de la unidad que afloran en los editoriales.

a. Primer periodo

En los editoriales de las revistas N° 2 (abr. 1985) y N° 4 (dic. 1985) se muestra el interés de la publicación por el tema, haciendo alusión a los textos que hacen referencia a él en cada uno de esos números. Sin embargo, en el editorial de la revista

Nº 7 (oct. 1986) será el tema central, ya que en ese momento se vienen perfilando acuerdos entre diferentes organizaciones sindicales para formalizar la creación de la futura CUT.

En primer lugar, en el editorial Nº 7, se exponen las características que tendría la nueva central: agruparía a medio millón de trabajadores, formularía un programa de lucha común en la defensa de los intereses de los trabajadores y se daría término a las rencillas, divisiones y sectarismos (*C&T* Nº 7). También se señalan las ventajas de lograr el acuerdo de unidad, las cuales se sintetizan en la transformación de las costumbres políticas del sindicalismo y en la búsqueda para que impacte en la política nacional. Ese logro sería posible siempre y cuando el movimiento sindical:

Reconozca simultáneamente la necesidad de transformar a profundidad, los viejos estilos de trabajo, el espíritu localista, la venalidad, la antidemocracia y se formule un inmenso plan de trabajo que tenga entre sus objetivos centrales el colocar al movimiento sindical en un plano de protagonismo político y social a la altura que lo exige la grave coyuntura que vive hoy Colombia. (*C&T* Nº 7)

En segundo lugar, se expone la unidad del sindicalismo como un proceso que la izquierda acarició durante mucho tiempo: “de larga duración”, y cuya mejor expresión se habría dado en 1977 con la realización del Paro Cívico Nacional del 14 de septiembre. De allí que ese paro sea visto como el punto de partida de un proceso que llevaría a la conformación de la CUT (*C&T* Nº 9, ago. 1987) el 15 de noviembre de 1986 (CUT, página web, Historia).

En los editoriales del primer periodo se explica la unidad recurriendo a la distribución territorial del sindicalismo y al contenido de sus propósitos; es decir, la unidad debe tener una expresión homogénea en sus características a nivel nacional, regional o local, y debe cumplir con tres parámetros: unidad orgánica, unidad programática y unidad de acción. Detrás de ello, en los editoriales se muestran los logros de la unidad nacional (representados en la conformación de la CUT) y los pocos alcances de las otras dos instancias, con lo cual el proceso de unidad es calificado de “débil e incompleto” o “no concluido”. Sin embargo, se advierte que la unidad en el sindicalismo es una asunto de expresión y de deseo: “la lucha de los trabajadores y sus sindicatos ha sido desigual, pues lo único con lo que ha contado es con su voz y su voluntad de unidad y organización” (*C&T* Nº 12, oct. 1988).

En tercer lugar, aunque el énfasis en los editoriales del primer periodo se coloca sobre la unidad del sindicalismo, en ellos se destaca el proceso que experimentaban los

movimientos cívicos, que al ser expuestos en una revista cuyo objetivo se centra en el sindicalismo, se interpretaría como ejemplo a seguir:

Los movimientos cívicos de carácter local y regional han venido configurando una nueva práctica política renovadora, caracterizada por su amplia cobertura y en la que la unidad de mando –pese a la diversa procedencia política de su dirigencia– está garantizada por una estrecha vigilancia de la comunidad y en la que el ideal autonomista y autogestionario basado en la solidaridad, constituyen [sic] una expresión vital que emerge como una alternativa posible y real al gamonalismo. (*C&T* N° 9, ago. 1987)

b. Segundo periodo

En el segundo periodo de análisis la “unidad” se presenta solo en tres ocasiones, y su presencia deja entrever las mismas características, basadas en los “pactos” y la “concertación” entre las organizaciones sindicales.

En el editorial de la revista N° 30-31 (dic. 1993), en el que se celebra la fundación de la Federación Unitaria de Trabajadores de Antioquia (Futrán), titulado: “La unidad sindical en Antioquia. Otra evidencia del espíritu de pactación”, se dice que “este proceso [...] evidencia algunas renunciaciones particulares, absolutamente necesarias de hacer cuando de pactar o concertar se trata y sin las cuales es imposible la culminación de un proceso de esta naturaleza” (*C&T* N° 30-31).

La unidad también se caracteriza por lo que logra a nivel de acciones grupales y por la representación que garantizan los líderes de los grupos que la conforman. En el editorial de la revista N° 47 (dic. 1998) se expone que “ni en la acción, ni en la aceptación de los acuerdos, ni en la representación parece haber fisuras entre ellas [las tres centrales nacionales], lo que pone en evidencia el logro de una fuerte unidad de acción” (*C&T* N° 47).

c. Tercer periodo

Al comienzo del tercer periodo de análisis, la “unidad” se presenta con la característica de una acción conjunta del sindicalismo contra las reformas del primer gobierno de Álvaro Uribe Vélez (2002-2006) y sobre las cuales se propone una “acción conjunta” de rechazo, ya que son lesivas a los intereses de los trabajadores. Como quedó dicho más atrás, en el gobierno de Álvaro Uribe Vélez se propusieron algunas reformas a las instituciones, una de las cuales fusionó los ministerios de Salud y de Trabajo en el Ministerio de la Protección Social.

El proceso de unidad en los editoriales de ese tercer periodo, muestra que aún ese proceso no termina y que se buscará alcanzar la meta de la unidad del sindicalismo colombiano, en el sentido de terminar la división entre las principales centrales sindicales del país (CTC, CGT y CUT).

En los editoriales de ese tercer periodo, también se anuncia como un logro la unidad a nivel internacional, alcanzado a partir de la fusión de la Confederación Mundial de Trabajadores (CMT) y la Confederación Internacional de Sindicatos Libres (CIOSL), en una nueva organización: la Central Sindical Internacional (CSI), de la cual, un año después, surge su correlato regional: la Confederación Sindical de las Américas (CSA), la cual también fusiona el sindicalismo de las Américas. Como logros de ese proceso se mencionan los mismos que se han caracterizado en otros niveles: cantidad de afiliados, estructura organizativa y representación. Sin embargo, en esta ocasión se destaca el hecho de que en las nuevas centrales sindicales haya presencia femenina en sus instancias directivas.

3.2.5 “Participación política”

La ENS y la revista C&T surgen en el escenario público del país después de una década de culminada la coalición política colombiana llamada Frente Nacional. En los editoriales de esa revista se encuentran varias referencias a dicho acuerdo, realizado entre los partidos Liberal y Conservador, durante los años 1958 y 1974.

Los cuatro gobiernos siguientes al Frente Nacional (representados por Alfonso López Michelsen, 1974-1978; Julio César Turbay Ayala, 1978-1982; Belisario Betancur Cuartas, 1982-1986 y Virgilio Barco, 1986-1990) son exhibidos en esos editoriales como continuadores de ese acuerdo, cuyo propósito fue mantener el control de las instituciones políticas del Estado en manos de los partidos, nombrados reiteradamente “tradicionales”.

En el momento en que aparece la revista *C&T* (dic. de 1984), el gobierno del presidente Belisario Betancur y algunos grupos guerrilleros negociaban una tregua y un indulto, de los cuales surge, según el editorial de la revista N° 1 (dic. 1984), la propuesta de realizar un diálogo nacional en el que participarían todos los sectores sociales, con el fin de buscar salidas a los problemas del país. En ese contexto es que aparece el concepto *apertura democrática* en los discursos de los primeros editoriales de la revista.

En este apartado se presenta el rastreo, en los discursos editoriales, de las alusiones a la “participación política”, entendida desde el concepto *Nueva Izquierda*.

a. Primer periodo

La *Participación Política* en medio del diálogo nacional es considerada, en primera instancia, como la expresión de los puntos de vista de los sectores sociales que nunca han participado en las decisiones políticas del país. Esos puntos de vista deberían ser tenidos en cuenta para realizar reformas políticas, sociales y económicas, y como mecanismo para aportar soluciones a las crisis del momento.

La definición se complementa con una segunda forma de entender la participación política en esos editoriales, que refiere las movilizaciones sociales y los paros cívicos y laborales como expresiones de la sociedad “marginada”, que formula, a través de esos mecanismos de presión, los cambios que se deben llevar a cabo en las políticas públicas del país. Los paros del sector estatal, en particular, son considerados en los editoriales como apremios para que el gobierno actúe de acuerdo con las peticiones que se exponen en los llamados “pliegos de exigencias”.

Sin embargo, los editoriales también exponen las dificultades para que se dé la anhelada participación política. En el caso del “Gran Diálogo Nacional”, el principal obstáculo son los sectores que no quieren que ello ocurra: “los enemigos de la paz”, “la reacción y el militarismo”, “una clase dirigente remisa a los cambios”, “un gobierno hostil”, entre otras.

En tanto que, dentro de las opciones de participación política que se abren en ese periodo, como la elección popular de alcaldes, el Consejo Nacional Laboral y el proceso constituyente, las dificultades se señalan en el hecho de que son considerados mecanismos de legitimación que usan los partidos tradicionales para recuperar la credibilidad que han perdido ante la sociedad, y que se expresa en la abstención durante los procesos electorales, o “para conjurar el desbordamiento popular y el crecimiento de opciones políticas de izquierda” (*C&T* N° 9, ago. 1987).

Además, los editoriales exponen otra dificultad: las opciones de “democracia participativa” que existen, en un primer caso, son controladas, en tanto que la representación en las instancias de negociación está conformada mayoritariamente por las clases “dirigente” y “empresarial”, y, en el caso de las elecciones, porque “sin la inversión de gruesas y muy elevadas sumas de dinero, es imposible hacer política en este país con posibilidades de éxito” (*C&T* N° 5, abr. 1986).

A esas dificultades se suma el hecho de que el sindicalismo enfrenta una clase dirigente que orienta la configuración de unas políticas públicas desde los dictados

del Fondo Monetario Internacional (FMI), lo cual es, según los editoriales, un acto de sumisión ante ese organismo.

Una dificultad adicional para la participación política del sindicalismo en la toma de decisiones sobre políticas públicas, está enmarcada en la violencia de la que es víctima el gremio: por un lado se menciona la violencia: “en menos de dos años de existencia [de la CUT], han sido asesinados más de dos centenares de sus activistas a lo largo y ancho del país” (*C&T* N° 12, oct. 1988), y por otro lado, la “violencia laboral por medio de la cual el despotismo patronal y gerencial ha impuesto unas condiciones inhumanas de trabajo, y [...] una violencia política por medio de las restricciones de sus derechos civiles y políticos (*C&T* N° 12).

Los apuros que enfrenta el sindicalismo, sin embargo, no tienen su causa en asuntos “externos”, solamente. En particular, a ese gremio se le hace difícil llevar a cabo el papel que le corresponde como fuerza política, ya que su estructura organizativa tiene problemas que dificultan llevar a cabo acciones de gran envergadura. En el editorial de la revista N° 11 (mar. 1988), que habla sobre la negociación del salario mínimo en el Consejo Nacional Laboral, se menciona el hecho de que el sindicalismo llegue a la mesa con unos objetivos que se configuraron de manera espontánea sin que mediara acuerdo alguno entre los diferentes sectores sindicales (*C&T* N° 11). En esa misma línea, frente al paro del 27 de octubre de 1988, el editorial de la revista N° 13-14 (oct. 1988), menciona el hecho de que el sindicalismo no haya realizado alianzas con otros movimientos sociales.

Igualmente, en los editoriales se expresan otros problemas, como: “el burocratismo”, “el sectarismo”, “las divisiones internas” y “la falta de unidad y proyección”, así como el sobredimensionamiento que se le da a los grupos guerrilleros, el cual opaca las acciones de los obreros y los sectores populares, o el papel de las direcciones del sindicalismo que permiten que este sea utilizado como “peón de brega del bipartidismo” (*C&T* N° 15, may. 1989).

Otra observación que podría apoyar la caracterización de la participación política que hacen los editoriales en ese periodo, es la construcción del discurso editorial que intenta persuadir al sindicalismo sobre dicha participación. De un lado, en los editoriales se expone que el gremio sindical es una “fuerza numérica” a la que solo le hace falta “organización” y “voluntad para hacer alianzas”; de otro lado, se afirma que “puede hablar con voz propia, sin la «mentalidad subalterna» que antes caracterizaba a la mayoría de los voceros del sindicalismo” (*C&T* N° 10, dic. 1987). En cuanto a las propuestas que se llevaron al Consejo Nacional Laboral, en ese

editorial se afirma que los dirigentes sindicales “abordaron temas de trascendencia nacional” (C&T N° 10, dic. 1987).

Es decir, en los editoriales se expresa la idea de que se espera que la dirigencia sindical utilice esos espacios para realizar “grandes aportes a la resolución de los problemas nacionales” y que haga “su contribución decisiva en la búsqueda de relaciones civilizadas entre los colombianos” (C&T N° 11).

b. Segundo periodo

Para el segundo periodo, la *participación política* en los discursos de los editoriales dejará de ser un asunto enmarcado en la idea de que los grupos marginados de la sociedad deberían unificarse para lograr la solución de los problemas del país, pues con la *Constitución Política* emanada del proceso constituyente, esa participación queda consignada como derecho ciudadano. Por ejemplo, en la carta política se consignaron derechos y garantías para ciudadanos, trabajadores, sindicalismo y movimientos sociales.⁴

Lo que se verá entonces en los editoriales en torno al tema de la participación política en el segundo periodo, será un discurso que defiende esa participación de quienes seguirían viendo la expresión de los sectores alternativos u opositores como un estorbo a sus pretensiones, y adoptarían una actitud de negación ante los cambios que ellos exigen.

Las características del concepto de participación política que se desprendieron de los discursos editoriales del primer periodo, seguirán siendo básicamente las mismas durante el segundo, aunque los sectores sociales opositores o alternativos al régimen dominante estarán apoyados en una aceptación social, por lo menos a nivel normativo, y en una conformación de agrupaciones políticas que no tienen fisuras: “ni en la acción, ni en la aceptación de los acuerdos, ni en la representación” (C&T N° 47, oct. 1988). Como novedad, dentro de esas características de participación aparecerá en los editoriales la idea de que el sindicalismo apoye la propuesta de

⁴ En el Artículo 2ª de la *Constitución Política*, se lee: “son fines esenciales del Estado: [...] facilitar la participación de todos en las decisiones que los afectan y en la vida económica, política, administrativa y cultural de la Nación”; en el Artículo 39: “los trabajadores y empleadores tienen derecho a constituir sindicatos o asociaciones, sin intervención del Estado. Su reconocimiento jurídico se producirá con la simple inscripción del acta de constitución”; en el Artículo 56: “se garantiza el derecho de huelga, salvo en los servicios públicos esenciales definidos por el legislador. La ley reglamentará este derecho”; y, en el Artículo 107: “también se garantiza a las organizaciones sociales el derecho a manifestarse y participar en eventos políticos”.

Neutralidad Activa⁵, como una forma de que esta organización social: “aporte soluciones y contribuya propositivamente a la detención del desangre [que vive el país]” (C&T N° 44).

En tanto que, frente a las dificultades, se puede entrever que han sido superadas aquellas que en la década anterior estaban sujetas a la reglamentación política, pero otras, como la violencia o los problemas estructurales del sindicalismo, seguirán estando presentes, a las cuales se les sumarán otras más, como la falta de “referentes ideológicos y de proyectos alternativos, también [el] deterioro de su capacidad de representación y [el] estancamiento de sus niveles de afiliación” (C&T N° 25-26, ago. 1992). Y concretamente, en el editorial de la revista N° 51 (abr. 2000) se anuncia una amenaza a la participación política con base en la propuesta de referendo del gobierno de Andrés Pastrana (1998-2002), que buscaba reducir el tamaño del Congreso de la República, a lo cual el editorial responde:

Una reforma de contenido democrático y no elitista deberá provenir de una iniciativa popular vía un referendo solicitado por el pueblo, a través del 10% de la población electoral del país; en esta iniciativa y en la definición del contenido de un referendo de estas características debemos participar de manera muy activa los trabajadores y sus organizaciones sindicales (C&T N° 51).

Los editoriales harán una permanente crítica del sindicalismo por varias actitudes que toma frente a los problemas del país, tales como el silencio ante la violencia que se ejerce contra él; el desentendimiento frente a los debates electorales y su correlato: su ausencia en las elecciones legislativas; la forma de relacionarse con el Estado, el empresariado y la sociedad en general; y el poco interés ante su propia crisis de representación.

Quizá el evento de mayor trascendencia en el que se expresó la falta de interés en la participación para incluir la voz del sindicalismo en las políticas públicas, fue el caso de la propuesta del gobierno de Ernesto Samper (1994-1998), de la cual surgió la realización de un “Pacto Social de Productividad, Precios y Salarios”, que el sindicalismo abortó debido a las tradicionales contradicciones ideológicas internas de la izquierda sindical (C&T N° 35, abr. 1985).

⁵ Una definición de “neutralidad activa” la hace Pedro Valenzuela de la siguiente forma: La neutralidad activa se ha entendido tradicionalmente como una condición de no beligerancia, es decir, de no involucramiento en una confrontación militar *entre estados*. A diferencia de los conflictos armados internacionales, la neutralidad de la población civil en los conflictos armados internos carece de reconocimiento y de hecho se presume un deber de los ciudadanos hacia el Estado (Valenzuela, 2.000, p. 242, cursivas en el texto original).

Frente a las circunstancias coyunturales del periodo, los editoriales exigirán replantear la estructura organizativa del sindicalismo, reducir la fragmentación y luchar por su reconocimiento social como organismo connatural a la sociedad democrática (C&T N° 25-26, ago. 1986).

En el segundo periodo de análisis, en relación con el tema de la participación política, solo quedaría afirmar que los editoriales destacan hechos positivos, tales como la trascendencia de las consignas en el movimiento sindical, que para entonces son “nacionalistas y populares”, y su participación en los espacios de discusión sobre políticas públicas, como aquel en el que fue coautor de la nueva Ley de Seguridad Social.

También podría mencionarse como hecho curioso en los editoriales, que se destaque a un sindicalista en particular, y con nombre propio, como fue el caso de Orlando Obregón, quien para el editorial de la revista N° 29 (ago. 1991) es un líder que tiene “claridad autocrítica, [señala] pautas de comportamiento para renovar el sindicalismo y su posición analítica y clasista frente al proyecto de ley sobre seguridad social, no tienen antecedentes notables en la cúpula sindical” (C&T N° 29).

c. Tercer periodo

El tercer periodo de análisis comienza cuando el gobierno de Andrés Pastrana está finalizando (años 2001-2002). Dos eventos señalan los editoriales respecto de la participación política del sindicalismo en la definición de políticas públicas. El primero está planteado en el editorial N° 55 (oct. 2001), ya que se sugiere que las reformas laborales se discutan con el movimiento sindical bajo los parámetros de un acuerdo global entre empresarios, trabajadores y gobierno, descartando la idea de que el aumento de los costos laborales es la causa del desempleo, y promoviendo una política de reactivación económica que busque superar la situación de los empresarios que han visto afectado su desempeño debido a la lucha contra el narcotráfico, obligándolos a reducir plantas de personal y, en algunos casos, al cierre de empresas. De ese posible pacto los actores cederían pretensiones a cambio de algunas garantías políticas:

En un acuerdo los trabajadores y el movimiento sindical deberían obtener, cuando menos, favorabilidades políticas como el acuerdo de sindicalización en sectores como el comercio y el financiero, la negociación por rama, el derecho de huelga para las federaciones y centrales sindicales y la no celebración de pactos sindicales donde exista sindicato. (C&T N° 55)

El segundo evento que toca el tema de participación política en el tercer periodo se expone en el editorial de la revista N° 56 (mar. 2002), el cual refiere la demora de la CUT para realizar las elecciones del Comité Ejecutivo Nacional. Como ha sido costumbre en los editoriales, la dirigencia sindical debe obrar como una hoja de ruta del movimiento sindical, de tal forma que este se fortalezca para incidir en la vida nacional:

La CUT no ha demostrado la suficiente capacidad y voluntad política para involucrarse en los procesos que contribuyan a crear una nueva Colombia con paz, justicia social y condiciones para el ejercicio de la política y los derechos ciudadanos. (C&T N° 56)

Después de la posesión del presidente Álvaro Uribe (agosto de 2002), el tema de la participación política se presenta en forma menguada, debido a que ese gobierno estaba lejos de proponer algún papel de la CUT en la definición de políticas públicas. Por el contrario, la fusión de los ministerios de Salud y de Trabajo en el nuevo Ministerio de la Protección Social y las posteriores reformas laborales serán reseñadas como eventos en los que el gobierno actúa con base en el favorecimiento a los empresarios y el deterioro en las condiciones de los trabajadores.

Aparte de reseñar los logros de las experiencias de algunos sindicatos, mostrar los pobres resultados en las negociaciones del salario mínimo, recalcar la necesidad de que el sindicalismo se adhiera a la Gran Coalición Democrática para enfrentar las políticas de gobierno y acentuar las resoluciones del Quinto Congreso de la CUT, los elementos de participación que se rescatan en ese periodo, se refieren a los cambios de estrategia en la actuación de la ENS, como el hecho de poner en la órbita global la actuación del sindicalismo.

Por un lado, la Escuela se adhiere a la propuesta de trabajo decente emanada de la OIT, la cual es un concepto que engloba los derechos laborales bajo cinco premisas: salario digno, seguridad social, respeto a los derechos del trabajo, negociación colectiva y diálogo social; con lo cual el sindicalismo podría responderle a la “voracidad empresarial” (C&T N° 61, sep. 2003).

Por otro lado, los editoriales hacen referencia al papel jugado por el sindicalismo en el aplazamiento indefinido de la firma del TLC con Colombia en el Congreso con Estados Unidos, ya que con base en la denuncia de la violación a los derechos humanos de los trabajadores colombianos, sobre todo en cuando al asesinato de sindicalistas, ese congreso no dio el aval para que se firmará dicho tratado.

4. A modo de conclusiones

El proceso de búsqueda del ideario de la *Nueva Izquierda* en los editoriales de la revista *C&T*, se realizó con una metodología de análisis del discurso basada en la ubicación de cinco conceptos claves, con los cuales se descifraron los enunciados que expresan dicho ideario. Antes de abordar dicha búsqueda también se realizó una división de los editoriales en periodos, debido a la constatación de cambios en los discursos. Se hizo necesario, igualmente, ubicar algunos referentes en lecturas adicionales, para llenar vacíos de información sobre contextos políticos y sociales de los momentos en que fueron emitidos dichos discursos.

El resultado ha sido el develamiento de las características de un ideario político que se altera con el tiempo, en la medida en que esos conceptos modificaron su significado a través del tiempo. En primer lugar, el término “izquierda” pasó de entenderse como un ideario que haría una revolución para cambiar las costumbres políticas en el país, las cuales no permitían la participación de sectores políticos “marginados” en la toma de decisiones en asuntos sociales, políticos y económicos, a ser una propuesta dentro del espectro político colombiano, embebido en el sistema capitalista, que promueve algunas reformas en materia de aplicación de políticas públicas y propone profundizar la democracia, en el entendido de hacer acuerdos con sectores políticos que adhieran sus pretensiones y elegir miembros del sindicalismo a las diferentes instancias de poder del Estado.

El uso de la expresión “clases”, en el primer periodo, se usó para mostrar la división social en dos grupos diferenciados: uno, la “clase alta”, que está conformada por sujetos pertenecientes a los partidos tradicionales (Liberal y Conservador) además de los propietarios de los medios de producción, que toma decisiones en materia de aplicación de las directrices generales en la conducción del Estado, que es violento y que su legitimidad se ve cuestionada por un proceder basado en la corrupción; el otro grupo: “la clase baja”, está conformada por sujetos que sólo tienen su “fuerza de trabajo” como recurso de subsistencia, y tiene un potencial político aún sin explorar. Luego de la “apertura democrática” surgida de la promulgación de la *Constitución Política*, de la palabra “clases” sobrevive la “clase alta” conformada por quienes conducen el Estado y tiene como socios a los gremios económicos del país, e impone sus criterios en materia de políticas económicas y sociales.

El vocablo “democracia”, presenta variados significados en el primer periodo, especialmente aquel que la ve como una posibilidad de ser: una democracia que se espera; y, otro que se muestra inapropiado para la sociedad colombiana porque no representa los intereses de la sociedad en su conjunto. Del segundo periodo en

adelante, la “democracia” se constituye en el pilar del sistema político colombiano, pero que debe profundizarse mediante un cambio en sus métodos, para que se le dé espacio a la concertación de acuerdos entre los diferentes sectores del espectro político.

La palabra “unidad”, en el primer periodo, es un proceso mediante el cual se busca conjuntar las expresiones de los movimientos sociales con las del sindicalismo. Luego, del segundo periodo en adelante, es un proceso que se vive solo en el sindicalismo y promueve la consolidación de grandes conglomerados de trabajadores, tanto a nivel nacional como internacional.

La “participación política” inicialmente, se sugiere como la intervención de todos los “sectores marginados”, que expresarán unas demandas que serán la guía para reformar al Estado y lograrán sacar al país de la “grave crisis” que lo atraviesa. Del segundo periodo en adelante, la “participación política” remite a la consecución, por medio de mecanismos electorales, de cargos en las corporaciones públicas y en los gobiernos locales o nacionales, de líderes de la izquierda y del sindicalismo; así como también es un concepto que remite a la consecución de acuerdos entre sectores del espectro político colombiano, en la aplicación de políticas públicas.

Los discursos modificaron el contexto en el que se expresaron, ya que la situación social descrita en el primer periodo mostró cambios en los periodos posteriores, que respondieron a las demandas expresadas. Es decir, la sociedad que se muestra en los editoriales del primer periodo tiene como base un sistema político cooptado por los partidos tradicionales, y del segundo periodo en adelante, muestran un sistema social que permite la participación de otros sectores políticos en el escenario electoral, así como en el Congreso y en los gobiernos locales.

También se describe en esos editoriales, que en la *Constitución Política* quedaron expresos derechos civiles y políticos que amparan también a los trabajadores, además de mecanismos de participación en la toma de decisiones, como por ejemplo, el plebiscito y el referendo.

Del sindicalismo en particular, se destaca, en el tercer periodo, que las demandas sobre la situación de violencia contra el sindicalismo, fueron escuchadas en el Congreso de los Estados Unidos, y como resultado de ello se detuvo, por algún tiempo, la firma del tratado de libre comercio entre ese país y Colombia, la cual se llevó a cabo luego, con el respaldo de un “Plan de Acción Laboral” para Colombia, exigido por Estados Unidos y aplicado bajo la presidencia de Juan Manuel Santos.

En el examen realizado a los editoriales de la revista *C&T*, publicados durante casi 30 años, pudo determinarse que sus enunciados expresan un ideario centrado en el deseo de cambio de las costumbres políticas de la sociedad colombiana. Cambio que, en general, se dirige a la búsqueda de la igualdad en las condiciones materiales de existencia de sectores marginados de la sociedad, como manifestación expresa de la izquierda colombiana. En particular, los cambios que se esperaban son determinantes con la *Constitución Política* de 1991, en tanto la participación política de sectores diferentes a los partidos Conservador y Liberal, se hizo realidad.

La discusión final sobre la caracterización de la *Nueva Izquierda*, basada en los cinco conceptos examinados, podría sintetizarse de la siguiente manera:

En el primer periodo de análisis se entiende que la nueva izquierda busca entrar en la escena política de Colombia, debatiendo los problemas propios del país, apoyando los movimientos sociales, principalmente al sindicalismo, para que este se convierta en una fuerza política influyente. Además, busca distanciarse de los modelos de la izquierda que centran su accionar en los lineamientos autoritarios partidistas o en el accionar violento. También manifiesta ese distanciamiento en el intento de concebir la sociedad colombiana, no bajo los parámetros ideológicos de concepciones foráneas, sino bajo una mirada sobre las realidades del país y su sistema republicano.

Durante el segundo periodo, la izquierda en Colombia es una expresión más del panorama político, y su interés se centra en defender la nueva carta política colombiana, denunciando las acciones de actores sociales que pretenden reformarla con imposición de criterios neoliberales en las políticas económicas, laborales y sociales. Esto lleva a pensar que la política de desarrollo que implementan los gobiernos colombianos va en contravía con preceptos constitucionales, pero su constatación sería motivo de otra investigación.

En el tercer periodo se logra la integración de sectores políticos de la *Nueva Izquierda* en el Polo Democrático Independiente, soportada en un programa político, una organización que acepta los liderazgos que se acuerdan entre las partes y una agenda política unificada. Los editoriales muestran, entonces, resultados de su propio discurso, en el sentido de que las orientaciones de los partidos políticos de izquierda con mayor trayectoria (MOIR, PCC, UP y PCC-ML) ya no tienen la presencia política que mostraron en épocas anteriores o hacen parte integral del nuevo partido de izquierda (PDI), lo cual supone replanteamientos en sus concepciones políticas.

La diferenciación de la sociedad en clases sociales, en los discursos editoriales del primer periodo, delatan un ideario cercano a los postulados de los partidos políticos

de izquierda de mayor trayectoria en el país, caracterizados por López (2001, pp. 71-113). La distinción entre “clase alta” y “clase baja” muestra una identificación social basada en la apropiación que hace la clase alta de los medios de producción; la clase baja se muestra como un grupo social que solo tiene como recurso de existencia la venta de su mano de obra. Sin embargo, la conformación social se hace un tanto más específica al utilizar adjetivos diferentes para apelar a la clase alta. Esto podría explicarse como el afán de distanciarse de los viejos postulados de la izquierda que tendían a generalizar la división social entre miembros de la burguesía y miembros de la clase obrera, para especificar su variada composición: “dirigente”, “política”, “dominante” y “hegemónica”, entre otras.

En el segundo y tercer periodos, la distinción de clases prácticamente desaparece, sobreviviendo un par de adjetivaciones para la clase alta: “dirigente” y “política”, que se utilizaron para señalar sus alianzas con el narcotráfico, en el segundo periodo, y con el paramilitarismo, en el tercero, y así culpar a sus representantes de los males que aquejan al país.

La desaparición explícita de la diferenciación de la sociedad en clases sociales en el discurso de los editoriales, podría explicarse en el alejamiento que ha experimentado la izquierda del discurso marxista, ya que esa izquierda se ha visto abocada a pensar nuevas estrategias y formular nuevos paradigmas sobre las posibles alternativas a las nuevas realidades sociales. El estudio sobre las “nuevas fórmulas” de la izquierda no se desarrolló en esta investigación.

La democracia, en el primer periodo de análisis, se expone con varios significados, entre los cuales se subrayan dos: por un lado, el término se adjetiva como un nuevo modelo político que se anhela en la sociedad colombiana, ya que las costumbres políticas del país, herederas del Frente Nacional, no permitían que otros sectores políticos tuvieran protagonismo en la definición de políticas económicas, laborales y sociales. Por otro lado, cuando la democracia está en boca de representantes de los partidos tradicionales, es calificada de falsa. Es posible pensar que, con ese contraste discursivo, los editoriales buscaran soportar la idea de la existencia de un autoritarismo civil en el país (el mismo que explica López, 2001, cuando caracteriza a “los socialistas”, p. 110), con la intención de alinear el descontento social colombiano bajo la idea de que la actuación de los gobiernos colombianos no se distanciaba mayormente de la de otros países latinoamericanos, que por entonces eran gobernados por dictaduras militares.

El término *democracia* en el segundo y tercer periodos, tendrá la característica común de ser nombrada por lo editoriales para establecer la necesidad de “profundizarla”, en

el sentido de que con la *Constitución Política* promulgada en 1991, la expresión social de otros sectores políticos ya es una realidad, y lo que se requerirá, de allí en adelante, será la inserción política de nuevos actores sociales, así como la construcción de alianzas, la realización de debates y la búsqueda de acuerdos, como base para la articulación de propuestas alternativas a las que imponen los grupos políticos dominantes.

Los editoriales del primer periodo muestran la necesidad de que los partidos políticos de izquierda busquen la unidad, ya no centrada en una única vía posible —como la del movimiento obrero—, sino también haciendo alianzas con otras expresiones sociales, que para el caso son movimientos cívicos y populares, teniendo en cuenta que las demandas exigidas en las movilizaciones sociales son la expresión de un programa político al cual debe unirse el movimiento sindical. En esa vía, la *Nueva Izquierda* habría de hacer coaliciones con organizaciones o personalidades de la derecha, siempre y cuando se tengan elementos de coincidencia en las aspiraciones políticas.

En el segundo periodo se menciona la unidad lograda por las organizaciones sindicales en Antioquia, que quedará representada en la Futrán y, entendida como un proceso que debe sortear otras fases. La unidad, entonces parece mostrar la necesidad de que se logre entre las confederaciones nacionales (CTC, CGT y CUT).

En el tercer periodo, la unidad tiene un componente adicional, en tanto se establece como el logro de un partido político (el PDA) en el que confluyen fuerzas de diferentes sectores políticos con propósitos comunes. Igualmente se destaca la orientación del sindicalismo hacia la agenda laboral global, con la fusión de la CIOLS y la CMT en la CSI, y su correlato en las Américas, la CSA.

La recepción e interés que se manifiesta en los editoriales del primer periodo por el Diálogo Nacional, la elección popular de alcaldes, el Consejo Nacional Laboral y el proceso constituyente, muestra una izquierda dispuesta a debatir con la clase política tradicional y, en general, con la sociedad, aspectos de la política nacional, constituyéndose como camino para la *Nueva Izquierda* hacia la “participación política”.

El llamado a la participación política seguirá su rumbo en el segundo periodo, aunque será más notoria la mención de las debilidades que tiene el sindicalismo para llevar a cabo los propósitos de convertirse en una fuerza influyente en la política nacional, como son: la división entre facciones (sectarismo), las prácticas basadas en intereses particulares (burocratismo) y la poca fuerza numérica que representa, como factores

internos; además de la violencia contra el sindicalismo, expresada tanto en asesinatos como en acciones de los grupos armados, gobierno y empresarios contra esas agrupaciones, como factores externos.

Durante el tercer periodo, las propuestas que se lanzan para la participación política del sindicalismo no solo se refieren al papel que juega este en la Comisión Permanente de Políticas Salariales y Laborales, sino que además se propone como un actor que puede competir en la mesa con empresarios y gobierno para plantear reformas laborales y, de algún modo, ganar réditos para el movimiento sindical. Igualmente, la participación política se pondrá como horizonte la integración del sindicalismo en las representaciones internacionales, adicional a la incidencia que puedan tener en discusiones sobre tratados de libre comercio y la definición, ratificación y aplicación de convenios internacionales en el seno de la OIT.

Del objeto de estudio (los editoriales), pudo constatarse la coherencia que tienen en cuanto a su propósito fundamental de representar un ideario político en el marco de un ambiente social de violencia contra grupos opositores y de sectores sociales que no aceptan presencias diferentes en la definición de políticas públicas.

Como toda investigación, esta, en particular, deja más preguntas que respuestas, pues a medida que se avanzó en la solución de interrogantes se fueron formulando otros: durante los 26 años transcurridos entre 1984 y 2010, en los editoriales se esbozan sucesos políticos de la *Nueva Izquierda* y del país, que son pistas para avanzar en el estudio de la conformación de partidos políticos de izquierda y la creación de perfiles para su inserción en las instituciones del Estado y en los gobiernos locales, y sus pretensiones de conquista del gobierno nacional, en su versión legislativa y ejecutiva. Así también, la participación de personalidades del sindicalismo en los algunos gobiernos, como los casos de Orlando Obregón, Luis Eduardo Garzón y Angelino Garzón en los ministerios de Trabajo y en la vicepresidencia de la República.

Se entiende entonces que la publicación no provee información directa sobre la conformación de la *Nueva Izquierda*, quizá por alguna salvedad discursiva, con lo cual se pretendería mantener una posición neutral ante los debates de los diferentes sectores de la izquierda en las agrupaciones sindicales y conservar su identidad como una publicación que representa un ideario general de la nueva izquierda, enfocada en el sector sindical colombiano.

Igualmente, los hallazgos en esta investigación requerirían de un estudio comparado con expresiones de otros sectores de la izquierda, en busca de establecer si los idearios entre unas y otras facciones se complementan o se oponen, con lo cual se

tendría una visión más clara sobre las debilidades que muestra la izquierda y que fueron motivo de búsqueda, por ejemplo, para Rodríguez (2005), en un periodo de cinco años, cuando la izquierda tuvo un protagonismo más o menos notorio (2005).

Bibliografía

Fuente primaria

Editoriales de la revista *C&T*

Nº de revista	Año	Mes	Nº de revista	Año	Mes	Nº de revista	Año	Mes
1	1984	Diciembre	27	1993	Enero	54	2001	Junio
2	1985	Abril	28		Abril	55		Octubre
3		Agosto	29		Agosto	56	Marzo	
4		Diciembre	30-31		Diciembre	57-58	2002	Agosto
5	1986	Abril	32	Abril	59	Diciembre		
6		Julio	33	1994	Junio	60	Mayo	
7		Octubre	34		Octubre	61	2003	Septiembre
8	1987	Abril	35	1995	Abril	62		Diciembre
9		Agosto	36		Julio	63	Mayo	
10		Diciembre	37-38		Noviembre	64	2004	Septiembre
11	1988	Marzo	39	1996	Marzo	65		Mayo
12		Octubre	40		Julio	66	2005	Agosto
13-14		Diciembre	41		Octubre	67		Diciembre
15	1989	Mayo	42	1997	Mayo	68	Abril	
16		Octubre	43		Agosto	69	Octubre	
17		Diciembre	44		Diciembre	70	Diciembre	
18		1990	Abril		45	1998	Junio	71
19	Agosto		46	Septiembre	72-73		2007	Septiembre
20	Diciembre		47	Diciembre	74			2008
21	1991	Mayo	48	1999	Mayo	75	Octubre	
22		Agosto	49		Agosto	76	2009	Marzo
23		Noviembre	50		Diciembre	77		Junio
24	1992	Abril	51	2000	Abril	78-79		Noviembre
25-26		Agosto	52		Septiembre	80	2010	Junio
			53		Diciembre			

Fuentes secundarias

- Archila, Mauricio (2001). Vida, pasión y... de los movimientos sociales en Colombia. En Archila Mauricio y Pardo Mauricio (Ed.), *Movimientos sociales, Estado y democracia* (pp. 16-47). Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Universidad Nacional de Colombia.
- Calsamiglia Blancafort, Helena y Tusón Valls, Amparo (1999). *Las cosas del decir. Manual de análisis del discurso*. Barcelona: Ariel.
- Constitución Política de Colombia (1991). Recuperado de http://www.senado.gov.co/images/stories/Informacion_General/constitucion_politica.pdf
- Central Unitaria de Trabajadores de Colombia. Página web: www.cut.org.co
- Comisión Andina de Juristas Seccional Colombiana (1991). Guerra sucia y estado de sitio en Colombia (pp. 13-19). En Gallón Gustavo (comp.), *Guerra y constituyente*. Bogotá: Comisión Andina de Juristas Seccional Colombiana.
- Corporación Nuevo Arco Iris (2007). *Parapolítica. La ruta de la expansión paramilitar y los acuerdos políticos*. Bogotá: Intermedio Editores.
- Cruz, Sandro (2002). Tres personalidades responden: Keith Dixon, José Saramago y Hernando De Soto. Comprender los lazos históricos y políticos del Neoliberalismo con la Globalización. Recuperado de <http://www.voltairenet.org/article120090.html>
- DRAE (2001). *Diccionario de la Lengua Española*. Madrid: RAE. Recuperado de <http://www.rae.es/>
- Duque Daza, Javier (agosto 11 de 2013). Colombia: las divisiones endémicas de la izquierda. *Razón Pública*. Recuperado de <http://www.razonpublica.com/index.php/politica-y-gobierno-temas-27/7006-colombia-las-divisiones-endemicas-de-la-izquierda.html>
- Duverger, Maurice (2001). *Los partidos políticos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- El Tiempo* (13 de marzo de 1997). Se abre paso neutralidad activa. *Eltiempo.com*. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-547759>
- Fals Borda, Orlando (1986). El nuevo despertar de los movimientos sociales. *Revista Foro* 1,76-83. Bogotá: Foro Nacional por Colombia.
- García Márquez, Gabriel (2007). *Cien años de soledad*. Alfaguara. Real Academia Española. Asociación de academias de la Lengua Española. Edición Conmemorativa.
- García Márquez, Gabriel (1969). *Cien años de soledad*. Undécima edición. Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Gómez Buendía, Hernando (mayo de 2012). ¿Por qué es tan débil la izquierda colombiana? *El Malpensante*, 130,78-79. Bogotá.

- Gudynas, Eduardo (2013). Izquierda y progresismo: la gran divergencia. *Agencia Latinoamericana de Información (Alainet)*. Recuperado de <http://alainet.org/active/70074>
- Guerrero Albán, Armando (2010). Semblanza del inolvidable fundador del MOIR. *Polo Democrático Alternativo. MOIR*. Recuperado de <http://www.moir.org.co/SEMBLANZA-DEL-INOLVIDABLE-FUNDADOR.html>
- Harnecker, Marta (1979). *Clases sociales y lucha de clases*. España: Akal.
- Haro Tecglen, Eduardo (1974). *Diccionario político*. Barcelona: Alianza.
- Hernando Cuadrado, Luis Alberto (2001). Lengua y estilo del editorial. *Estudios sobre el mensaje periodístico*, 7, 279-293. Recuperado de http://pendientedemigracion.ucm.es/info/period/Period_I/EMP/Numer_07/7-5-Inve/7-5-07.htm#Inicio.
- Jaramillo Pérez, Iván (1994), El sistema nacional de financiamiento de las entidades territoriales. En Cifuentes Noyes, Ariel (ed.); Bogotá, Fundación Friedrich Ebert de Colombia.
- López Valencia, Socorro (2001). Ideología y prácticas cotidianas de la izquierda en Medellín durante el Frente Nacional (1958-1974). Monografía para optar por el título de historiadora. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Melo, Jorge Orlando (abril de 1978). La izquierda Colombiana: una política contradictoria. Bogotá: *Alternativa*, 157. Recuperado de <http://www.jorgeorlandomelo.com/laizquierda.htm>
- Melo, Jorge Orlando (abril de 2012). Los dilemas de la izquierda. Bogotá: *El Tiempo*. Recuperado de: http://www.eltiempo.com/opinion/columnistas/jorgeorlandomelo/ARTICULO-WEB-NEW_NOTA_INTERIOR-11656507.html
- Melo, Jorge Orlando (julio 6 de 2007). Cincuenta años de soledad: los errores de la izquierda. Bogotá: *El Tiempo*. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-2564518>
- Moreno Montoya, Óscar Andrés (2007). La oposición alternativa en Medellín, 1970-1990 (PCC, MOIR y UP). Monografía para optar por el título de historiador. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Nieto López, Eduardo y Nieto López, Jaime (1987). Las terceras fuerzas políticas. Monografía para optar por título de Sociólogo. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Osorio, Iván Darío (1978). *Historia del sindicalismo antioqueño*. Medellín: Editorial Sigifredo.
- Rodríguez Garavito, César A., Barret, Patrick S. y Chávez, Daniel (Ed.) (2005). *La nueva izquierda en América Latina. Sus orígenes y trayectoria futura*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Rodríguez Garavito, César A. (2005). La nueva izquierda colombiana: orígenes, características, perspectivas (pp. 191-238). En Rodríguez Garavito, César A., Barret, Patrick S. y Chávez,

Daniel (ed.), *La nueva izquierda en América Latina. Sus orígenes y trayectoria futura*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.

Rodríguez Garavito, César y Barrett, Patrick S. (2005). *¿La utopía revivida? Introducción al estudio de la nueva izquierda latinoamericana*, (pp. 11-65). En Rodríguez Garavito, César, Barrett, Patrick S. y Chávez, Daniel (Eds.), *La nueva izquierda en América Latina. Sus orígenes y trayectoria futura*, Bogotá. Editorial Norma.

Rodríguez, José (mayo-agosto 1995). Crisis y renovación de las izquierdas. *Análisis político*, 25,136-138. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Sánchez, Ricardo (mayo de 1989). El bloqueo de las izquierdas como tercera alternativa. *Revista Foro*, 9,8-19. Bogotá: Foro Nacional por Colombia.

Semana.com (marzo 18 de 1986). Camilo: el cadáver de la izquierda. A veinte años de su muerte, del cura Camilo Torres no queda casi ni el recuerdo. *Revista Semana*. Recuperado de <http://www.semana.com/enfoque/articulo/camilo-el-cadaver-de-la-izquierda/7494-3>

Uprimny Y., Rodrigo (1990). Estado de sitio y tratados internacionales (pp. 90-100). En Gallón Gustavo (comp.), *Guerra y constituyente*. Bogotá: Comisión Andina de Juristas-Seccional Colombiana.

Valenzuela, Pedro (2000). Conflicto armado, neutralidad y no violencia. Experiencias de base (pp. 239-248). En: Alcántara Sáez, Manuel e Ibeas Miguel, Juan Manuel (Eds.) (2001). *Colombia ante los retos del siglo XXI: desarrollo, democracia y paz*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.

Van Dijk, TeunA. (febrero 2004). Discurso y dominación. *Grandes Conferencias en la Facultad de Ciencias Humanas*, 4, 5-28. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Recuperado de <http://revistas.javerianacali.edu.co/javevirtualoj/index.php/criteriojuridico/article/view/264/1033>

Vargas del Valle, Ricardo (s.f.). Experiencias exitosas de combate a la pobreza rural en América Latina: lecciones para una reorientación de políticas. Caso Colombia: el Programa de Desarrollo Integral (PDIC) del Fondo DRI. Recuperado de: <http://www.eclac.cl/ddpeuda/pdf/colombia1.pdf>

Apéndice: abreviaturas usadas

Abreviatura	Nombre completo
C&T	Cultura & Trabajo
ENS	Escuela Nacional Sindical
MOEC	Movimiento Obrero Estudiantil Campesino (MOEC)
ARCO	Acción Revolucionaria Colombiana
FUAR	Frente Unido de Acción Revolucionaria
PCC	Partido Comunista de Colombia
MOIR	Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario
PCC-ML	Partido Comunista de Colombia Marxista-Leninista
UP	Unión Patriótica
PSR	Partido Socialista Revolucionario
CGT	Confederación General del Trabajo
FARC	Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia
MRL	Movimiento Revolucionario Liberal
Anapo	Alianza Nacional Popular
ELN	Ejército de Liberación Nacional
UTC	Unión de Trabajadores de Colombia
CTC	Confederaciones de Trabajadores de Colombia
MAC	Movimiento Amplio Colombiano
UNO	Unión Nacional de Oposición
FD	Frente Democrático
FUP	Frente por la Unidad del Pueblo
AUC	Autodefensas Unidas de Colombia
EPL	Ejército Popular de Liberación
M-19	Movimiento 19 de Abril
DRI	Fondo de Desarrollo Rural
CUT	Central Unitaria de Trabajadores de Colombia
USO	Unión Sindical Obrera
FSP	Frente Social y Político
PDI	Polo Democrático Independiente
PDA	Polo Democrático Alternativo
AD	Alianza Democrática
OIT	Organización Internacional del Trabajo
CMT	Confederación Mundial del Trabajo
CIOSL	Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres
CSI	Central Sindical Internacional
CSA	Central Sindical de las Américas